



R E V I S T A D I G I T A L D E L A B A L A C E R A

Número 5

Junio 2009

Colaboran en este número: Ricardo Bosque, Juan M. Velázquez, Carlos Salem, Kama Gutier, Mercedes Castro, Juan Ramón Biedma, José Luis Muñoz, Amir Valle, Leonardo Oyola, José Javier Abasolo, Lorenzo Lunar, Rosa Ribas, Raúl Argemí, Jokin Ibáñez, Joan Torres, José Andrés Espelt, José Ramón Gómez Cabezas

Edición y dirección: Ricardo Bosque
Coordinación: Paco Camarasa
Diseño y corrección: Sergio Galindo y Ricardo Bosque

Contacto: contacto@punto38.es

Depósito Legal: Z-2498-08

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme a la legislación internacional y no puede reproducirse sin el permiso expreso de los autores

Sumario

Abriendo fuego

Seducidos para matar, por Ricardo Bosque	Pág. 3
Relatos: <i>Malos vecinos</i> , de Juan M. Velázquez	Pág. 10

El interrogatorio de .38

¿Una película que nadie debería dejar de ver?	Pág. 21
---	---------

Reseñas

<i>Los perros de agosto</i> , de Alexis Ravelo, por Raúl Argemí	Pág. 23
<i>Tiempo de alacranes</i> , de Bernardo Fernández, por Ricardo Bosque	Pág. 24
<i>Suicidio a crédito</i> , de Ricardo Bosque, por Jokin Ibáñez	Pág. 25
<i>Guiso caníbal</i> , de Ross Thomas, por Joan Torres	Pág. 27

La recámara

Chivatazos	Pág. 29
Novedades editoriales	Pág. 30
Cine en 16:9	Pág. 37
Para mi <i>churri</i> , que me estará escuchando desde el talego	Pág. 38
Perlas ensangrentadas	Pág. 40
Matarratos y Matarratas	Pág. 42
La última bala. <i>Un hombre admirable</i> , por José Ramón Gómez Cabezas	Pág. 44
Última hora: Bases del concurso “Diez negritos” de RBA Libros.	Pág. 46

*Hay mujeres que tocan y curan, que besan y matan,
hay mujeres que ni cuando mienten dicen la verdad,
hay mujeres que abren agujeros negros en el alma,
hay mujeres que empiezan la guerra firmando la paz.*

*Hay mujeres veneno, mujeres imán,
hay mujeres consuelo, mujeres puñal,
hay mujeres de fuego,
hay mujeres de hielo,
mujeres fatal.
Mujeres fatal.*

Joaquín Sabina

Del gángster a la *femme fatale*

Si en los años treinta el norteamericano medio disfrutaba con las andanzas cinematográficas del gángster, ese sujeto a menudo enclenque y siempre surgido de la nada con quien cualquiera se podía identificar –“si ese tipo lo ha conseguido, por qué yo no” se preguntarán muchos honrados ciudadanos en serios apuros económicos consecuencia de la Depresión–, el cambio de década, y sobre todo el final de la II Guerra Mundial, hace que las historias centradas en este tipo de delincuentes dejen paso, dentro de lo que se denomina cine negro o policial, a otras protagonizadas por detectives solitarios, policías de diverso pelaje... y mujeres, que por algo ya han sacado la cabeza de esos hogares que comienzan a poblarse de electrodomésticos para engrosar la masa laboral estadounidense.

Es evidente que en el cine negro de los cuarenta los personajes femeninos adquieren una mayor relevancia –ya no son los floreros que adornan las salas de millonarios o gángsters, ya no se limitan a exhibir sus encantos en un cabaret–, pero eso no supone que encontremos una visión más progresista en las películas sino que se trata, simplemente, de un reflejo más de la misoginia imperante en la sociedad de la época. Las mujeres en esa sociedad no son empresarias, fiscales del distrito o políticas –ni siquiera corruptas–, todos ellos trabajos reservados a los hombres; muchas mujeres continúan siendo amas de casa al cuidado del marido y los niños, y las que trabajan fuera del hogar son administrativas u operarias en empresas vinculadas, en muchos casos, a la industria bélica. En cambio, las mujeres que seducen al espectador desde las pantallas de los cines de posguerra son atractivas y peligrosas, sexualmente irresistibles, ambiciosas, dispuestas a todo con tal de alcanzar sus fines –casi siempre económicos–, incluso dispuestas a fingir amor si la ocasión lo requiere. Y esa ambición, que debería ser exclusiva del varón en una sociedad patriarcal, supone una trasgresión del orden establecido, por lo que deben ser destruidas, ya sea con la cárcel o la muerte, para que nada cambie en el modelo social correcto, para que todo vuelva a ser como debía. Es cine hecho por hombres y para hombres, y con un aviso a navegantes, con una moraleja a todas luces evidente: si te atreves a abandonar tu familia, la mujer e hijos que te

quieren, lo menos que te puede pasar es que acabes entre rejas. Eso sí, una íntima satisfacción queda reservada a las espectadoras: el ridículo que supone que el protagonista masculino de turno, simple y sin personalidad aunque pretenda ir de listo, sea incapaz de evitar las redes de la viuda negra. Aunque, por supuesto, la araña deba morir por el bien de todos.



Aparece así la llamada *femme fatale* por los franceses, *spider woman* para los americanos. Es la heredera de Eva en el Paraíso, la primera mujer que convenció a un ingenuo para que pecara en su lugar; de Cleopatra, seductora de emperadores por el bien de su reino; de Lucrecia Borgia, de Mata-Hari...

Y lo mismo que no todos los hombres son iguales –por mucho que se empeñen algunas mujeres en sostener lo contrario–, también encontraremos en el celuloide diversos tipos de mujeres fatales, destacando aquellas que asumen el rol del hombre colocándose al frente de una banda de delincuentes y las que se valen de sus poderosas armas seductoras para arrastrar a un hombre a su perdición o para conseguir que hagan el trabajo sucio por ellas, habitualmente eliminar a otro tipo que constituye un estorbo en sus vidas. Éstas, éstas son las que a mí me gustan. ¿Será porque en el fondo soy un individuo tan mediocre como el que más?

Yo os declaro marido, mujer... e incauto

No hay película protagonizada por una *femme fatale* en la que falte el consabido triángulo amoroso, si bien con diversas variantes. Un clásico es el integrado por un matrimonio, él rico –ya sea real o potencialmente, a través de la materialización de algún seguro de vida debidamente contratado para la ocasión– y ella, ambiciosa aunque tal vez no se muestre así de entrada. Inicialmente puede aparentar ser una mujer frágil, desgraciada con su vida familiar porque el marido no la quiere como debiera, incluso maltratada por éste en ocasiones. Así se lo hará saber al tercer vértice del triángulo al poco de conocerse, y no mostrará su verdadera cara hasta que la situación sea irreversible.

Una de las joyas del cine negro en las que se muestra más abiertamente la ambición de la mujer es *Double Indemnity* (*Perdición*), dirigida en 1944 por Billy Wilder. En ella, Barbara Stanwyck da vida a Phyllis Dietrichson, esposa de un industrial petrolífero a la que no importaría ver muerto a su marido si con ello se lleva el premio gordo en forma de seguro de vida. La casualidad quiere que llegue a su casa Walter Neff, honrado vendedor de seguros que pretende renovar las pólizas de automóvil que el señor Dietrichson tiene suscritas. La frialdad con que la Stanwyck descubre sus cartas ya en las primeras escenas es elocuente, si bien luego se justificará con lo mucho que la desprecia el marido y lo poco que la quiere en comparación con la hija de su primera esposa. Una vez recibido el flechazo, la mujer convence de tal modo al amante de lo conveniente que sería eliminar al marido que, al final, parece que todo ha salido de la cabeza de Walter, como queda claro en una de las frases contundentes del guión pronunciada por Phyllis: “Tú planeaste su asesinato, yo tan sólo deseaba verle muerto”.

Al mismo esquema recurre Tay Garnett en 1946 para contarnos, en *The Postman Always Rings*

Twice (*El cartero siempre llama dos veces*), la historia de Cora Smith, interpretada por una irresistible Lana Turner, y su triste vida en una gasolinera perdida en medio de la nada. Triste vida hasta que aparece Frank Chambers (John Garfield), un vagabundo con el que comenzará una apasionada relación que acabará con el asesinato de Nick Smith, propietario de la estación de servicio y marido de Cora.

En estos dos casos, y como podemos ver en muchas otras películas, el individuo elegido por la *femme fatale* es un hombre inseguro, insatisfecho con su trabajo o posición social, aburrido de la vida familiar, en ocasiones un Quijote que viste traje de pocos dólares y se cubre con un sombrero ajado por los años. Hombres como los dos ya citados, pero también como el tímido profesor Wanley de *The Woman in the Window* (*La mujer del cuadro*) o Christopher Cross, cajero con manguitos que no dudará en cometer un fraude para satisfacer las ansias económicas de una mujer tan peligrosa como Kitty March en *Scarlet Street* (*Perversidad*), ambas películas dirigidas por Fritz Lang y protagonizadas por la misma pareja, Joan Bennett y Edward G. Robinson; o como Frank Jessup, el cínico conductor de ambulancias interpretado por Robert Mitchum que quiere volver a ser piloto de competición como lo era antes de la guerra, deseo para el que le prometerá ayuda una inocente Jean Simmons en *Angel Face* (*Cara de ángel*), bajo la dirección de Otto Preminger en 1952.

En esta última película asistimos a un ligera variante respecto al esquema clásico, ya que en *Angel Face* tanto víctima como verdugo son mujeres: Jean Simmons, en el papel de Diane Tremayne, una jovencita caprichosa a la que nadie puede negarle nada y que recuerda en cierto modo a la Lolita de Nabokov (publicada en Estados Unidos unos años atrás), tratará de convencer a Robert Mitchum de lo malísima que es su madrastra. No lo conseguirá y será ella misma quien la asesine, pero de manera que todo apunte, siquiera involuntariamente, al desgraciado conductor de ambulancias.

Otra especie de incauto que debemos tener muy en cuenta es la integrada por los deliberadamente imbéciles, según definición de Michael O'Hara, el marinero irlandés interpretado por Orson Welles en *The Lady from Shanghai* (*La dama de Shanghai*). En esta categoría incluiremos a hombres que no se caracterizan por un pasado impoluto, ya no son los honrados y grises ciudadanos con un trabajo rutinario de nueve a cinco y, en muchos casos, una familia como Dios manda. No, se trata de hombres que ya deberían estar informados de lo peligroso para la salud que puede resultar determinado tipo de mujeres, hombres que ya han tenido sus más y sus menos con la justicia, que han vivido al borde de la legalidad o inmersos en ambientes ciertamente violentos; hombres que deberían estar advertidos y correr como alma que lleva el diablo en cuanto ven a cien metros a una mujer que enfunda sus brazos en largos guantes negros, que oculta su rostro tras una nube de humo de tabaco rubio y que siempre está dispuesta a aceptar un trago con la única condición de que no se trate de té.



Son hombres como el propio Michael O'Hara, seducido en un parque por una deslumbrante Rita Hayworth en el papel de Elsa Bannister, la esposa de un prestigioso abogado criminalista en la citada *The Lady from Shanghai*, dirigida por el propio Orson Welles para lucimiento de la

que entonces era su esposa y de la que todos recordamos el impactante final del tiroteo en la sala de los espejos. O como Rip Murdock, con Bogart haciendo de Bogart para devolver el honor a uno de sus compañeros en el cuerpo de paracaidistas. Tantos años en la guerra, tantas condecoraciones, no le sirven de nada para huir de los sensuales ofrecimientos de Coral Chandler, cantante de club nocturno interpretada por Lizabeth Scott en *Dead Reckoning* (*Callejón sin salida*), dirigida por John Cromwell en 1947.

Si tipos tan curtidos como los citados no han podido evitar ser devorados por estas mantis religiosas de Hollywood, ¿hay alguien capaz de resistir a sus encantos?

Armas de seducción

Si bien la creencia popular dice que a los hombres se les gana por el estómago, la *femme fatale* no precisa hacer alarde de sus destrezas culinarias, escasas e incluso nulas, por cierto, ya que estas son algunas de las virtudes que deben adornar a una mujer de acuerdo con los cánones sociales y la *femme fatale* representa todo lo contrario. Dentro de la cocina, lo máximo que sabe hacer una de estas mujeres es preparar una copa bien cargada, y nunca sabrás si sólo lleva alcohol y hielo o también algún polvillo perjudicial para el estómago. Por ello, para conquistar al incauto de turno, se habrán de valer de otros encantos, especialmente aquellos que se perciben a través de la vista, el olfato y, por supuesto, el oído.

Por mucho que algunos sostengan que la belleza está en el interior, la primera impresión que uno recibe de otra persona suele ser visual o auditiva, y ahí están esas estelares apariciones en escena de nuestras *femmes fatales* capaces de deslumbrar al más pintado, vestidas de blanco cuando pretenden aparentar fragilidad, necesidad de que un hombre tome las riendas de la situación, o de negro cuando quieren sugerir riesgo –tan atractivo para muchos hombres– o una vida complicada a sus espaldas.



¿Qué puede hacer un vendedor de seguros cuando la primera vez que ve a una mujer ésta aparece envuelta en una toalla y luciendo los hombros desnudos para, momentos después, descender unas escaleras vestida de blanco virginal y con el toque sensual que aporta una pulsera en el tobillo de la que resulta complicado separar los ojos?

Todo espectador entrenado sabe que van a ser difíciles los días que se le avecinan a un hombre familiar como el profesor Wanley desde el preciso momento en que Alice aparece a sus espaldas mientras él

contempla un cuadro. El fascinante vestido negro de lentejuelas, la mirada dulce que Wanley jamás recibirá de su propia esposa, esas palabras salidas de unos labios que nunca llegará a besar diciendo que se encuentra sola precisamente esa noche...

Una voz melosa como la de Yvonne de Carlo en el papel de Anna Dundee en *Criss Cross* (*El abrazo de la muerte*) de Robert Siodmak es suficiente para convencer a Steve de que haga cualquier cosa por ella, incluso participar en el atraco a un furgón del que él es el guardia de seguridad. Y la voz dura de Coral Chandler captará de inmediato la atención de Rip Murdock,

los ojos del militar comenzarán un ascenso desde los tobillos de la mujer hasta unas manos que extraen un cigarrillo de la pitillera para colocárselo entre los labios. Parece obvio que el fuego que le ofrecerá, un perfume de jazmín y la canción que tanto gustaba a su compañero de armas harán el resto. Máxime si la canción casi te la susurran al oído... Claro, si además la voz proviene de una sirena como Elsa Bannister, tendida sobre la cubierta de un barco y peinada como si acabara de salir de una peluquería de Sunset Boulevard, después de que alguien te sugiera que la pobrecilla necesita a alguien que la proteja del abogado con quien se casó, no hay marido que se pueda poner por delante por muy criminalista que sea.

Cabellos rubios, negros o pelirrojos, naturales o teñidos, pero siempre increíblemente ondulados. El caminar tan ondulado como los cabellos, un cigarrillo en la boca añadiendo humo a ambientes y situaciones ya de por sí notablemente cargadas. Sentadas con aire indolente, tumbadas en una cama, a veces boca abajo ocultando un llanto casi siempre fingido, de pie y apoyadas en una barandilla sugiriendo que tal vez otro día sea el adecuado para subir a su apartamento. La mirada inocente de un cervatillo o la desafiante de un felino según requiera la ocasión, según deseen despertar el instinto protector del hombre o retarle para que tome una determinación que, seguro, le resultará fatal. Una cabeza desvalida apoyada en el firme hombro masculino en el momento en que el caballero empieza a pensar que mejor le iría si volviese a su casa de inmediato.

Y los diálogos que protagonizan, alternando la picardía con la inocencia, lo provocativo con lo desvalido, las frases contundentes con otras que ni un adolescente enamorado se atrevería jamás a pronunciar. Todo ello, imagen, voz, olor, dosificado en la justa proporción y combinado a la perfección con la única finalidad de conducir a un hombre de cabeza a la silla eléctrica.



El triunfo de la moral

De lo que ninguno de estos hombres podrá quejarse jamás es de no haber sido advertidos con suficiente antelación del final al que estaban abocados si seguían adelante con su inmoral proceder. El recurso continuo a ambientes nocturnos o poco iluminados; las recurrentes sombras en forma de barrotes sobre quienes están a punto de delinquir; el penetrante olor a madreselvas –anuncio de muerte– en *Double Indemnity*; Elsa Bannister leyendo en un acuario, entre tiburones y pulpos, la confesión que Michael O'Hara debe firmar como parte del plan tramado por no se sabe quién; las referencias que el marinero irlandés hace en la misma película –*The Lady from Shanghai*– a los corderos a punto de ser devorados por lobos; o, finalmente, en una de las películas que suponen doble dosis de *femme fatale* – Barbara Stanwyck y Elizabeth Scott en *The Strange Love of Martha Ivers* (*El extraño amor de Martha Ivers*)–, Sam

Masterson eligiendo ¿al azar? un ejemplar de *Crimen y castigo* de la biblioteca de su anfitriona.

Porque si nunca el crimen puede quedar sin castigo, todavía menos el crimen que se comete contra la moralidad imperante –como dice el mismo Sam Masterson, una Biblia en cada habitación de hotel de cada hotel de Norteamérica–, contra una sagrada institución como la familia de toda la vida, contra una sociedad en la que cada cual ocupa el lugar que le corresponde y resultan al menos cuestionables los intentos de ciertos individuos por salirse del

guión marcado.

Con carácter general se castiga la ambición de ciertas mujeres por alcanzar el poder que siempre se ha reservado a los hombres. Siempre se trata de mujeres sin recursos que utilizan sus encantos para ejercer un cierto dominio sobre quienes están a su alrededor aunque, y como toda regla tiene su excepción, en *The Strange Love of Martha Ivers* –dirigida por Lewis Milestone en 1946– nos encontremos a una psicótica Barbara Stanwyck, dueña y señora de toda una localidad, empresaria de éxito y casada con el fiscal del distrito, al que manipulará desde la infancia hasta el dramático final de ambos.

Sin embargo, en ocasiones lo que se castiga es el mero hecho de querer imaginar ser lo que no se es, como sucede en *Scarlet Street*, en la que a Chris –honrado cajero aburrido con su monótona vida, con su mujer que le maltrata psicológicamente y que siempre le está comparando con su difunto esposo– no le importa ser confundido con un prestigioso pintor y hará lo imposible para mantener la mentira y ganar así la recompensa que se le ofrece, una mujer tan deslumbrante como Kitty, aspirante a actriz y enamorada de un novio por quien está dispuesta a engañar a cualquiera. Un pecado tan horrendo como el de soñar lo imposible se castiga con la muerte de los timadores, pero a Chris ni siquiera le está permitida esa liberación, pues a pesar de intentar suicidarse tras asesinar a Kitty –en un crimen por el que se juzga y ejecuta al novio– acabará sus días sin trabajo, sin familia, deambulando por los parques y sin poder librarse de la voz de los amantes que le culpan del horrible crimen cometido.

Pero el cenit de la moralina se alcanza en *The Woman in the Window*, película en la que lo de soñar debemos entenderlo en su más estricta literalidad, con un profesor de psicología envuelto en un crimen por el simple hecho de pecar de pensamiento, por no hacer caso de los sabios consejos de su amigo el fiscal cuando le dice que cualquier insignificante desliz te puede llevar a la ruina, por implicarse con una mujer sin tener siquiera el consuelo de un premio en forma de contacto sexual o sentimental, mientras las fotografías de mujer e hijos – con quienes apenas existe una aséptica relación, como se comprueba en la despedida que protagonizan en las escenas iniciales– recriminan su pecaminosa actitud desde el calor del salón familiar.

En fin, creo que eso es todo. Además, se me hace tarde y ahora mismo debo dejarles: ayer conocí en un bar, al lado del trabajo, a una chica preciosa. No vean qué ojos, parecía a punto de ponerse a llorar. Me contó no sé qué historia de una madrastra que pretende asesinarla, a ella y a su padre, a quien la muchacha parece idolatrar. Sí, sé que suena extraño y ni siquiera yo termino de creerla, pero ¿quién se puede resistir ante una carita tan divina como la suya?



Artistas invitadas

Joan Bennett (Alice Reed y Kitty March)

Yvonne de Carlo (Anna Dundee)
Rita Hayworth (Elsa Bannister)
Lizabeth Scott (Coral Chandler y Toni Marachek)
Jean Simmons (Diane Tremayne)
Barbara Stanwyck (Phyllis Dietrichson y Martha Ivers)
Lana Turner (Cora Smith)

Filmografía utilizada

PERDICIÓN (*Double Indemnity*). Billy Wilder, 1944. **Barbara Stanwyck** (Phyllis Dietrichson), Fred MacMurray (Walter Neff) y Edward G. Robinson (Barton Keyes).

LA MUJER DEL CUADRO (*The Woman in the Window*). Fritz Lang, 1944. **Joan Bennett** (Alice Reed), Edward G. Robinson (Richard Wanley).

PERVERSIDAD (*Scarlet Street*). Fritz Lang, 1945. **Joan Bennett** (Kitty March), Edward G. Robinson (Christopher Cross).

EL CARTERO SIEMPRE LLAMA DOS VECES (*The Postman Always Rings Twice*). Tay Garnett, 1946. **Lana Turner** (Cora Smith), John Garfield (Frank Chambers).

EL EXTRAÑO AMOR DE MARTHA IVERS (*The Strange Love of Martha Ivers*). Lewis Milestone, 1946. **Barbara Stanwyck** (Martha Ivers), Van Heflin (Sam Masterson), Kirk Douglas (Walter O'Neil), **Lizabeth Scott** (Toni Marachek).

CALLEJÓN SIN SALIDA (*Dead Reckoning*). John Cromwell, 1947. **Lizabeth Scott** (Coral Chandler), Humphrey Bogart (Rip Murdock).

LA DAMA DE SHANGHAI (*The Lady from Shanghai*). Orson Welles, 1948. **Rita Hayworth** (Elsa Bannister), Orson Welles (Michael O'Hara).

EL ABRAZO DE LA MUERTE (*Criss Cross*). Robert Siodmak, 1949. **Yvonne de Carlo** (Anna Dundee), Burt Lancaster (Steve Thompson).

CARA DE ÁNGEL (*Angel Face*). Otto Preminger, 1952. **Jean Simmons** (Diane Tremayne), Robert Mitchum (Frank Jessup).

Artículo publicado originalmente en el dossier Mujeres de la revista Gangsterera

Ricardo Bosque nació en Zaragoza en 1964. Es autor de tres novelas, *El último avión a Lisboa* (Editorial Combra, 2000), *Manda flores a mi entierro* (Mira Editores, 2007) y *Suicidio a crédito* (Mira Editores, 2009). En 2001 ganó el segundo premio del Concurso Relatos Cortos Juan Martín Sauras con su cuento Aïcha. Otro de sus relatos, Páginas amarillas, fue seleccionado para el libro Relatos Cortos para leer en tres minutos Luis del Val. En 2009 es uno de los autores seleccionados para la antología La lista negra: nuevos culpables del policial español (Salto de Página). Desde 2003 edita el blog La Balacera, especializado en género negro.

MALOS VECINOS

El Chino estaba empezando a impacientarse. No le gustaba la gente que se andaba con rodeos, los dilemas morales le daban dolor de cabeza. No le importaba que le recordaran que su negocio consistía en tratar con basura, pero le reventaba la pose de honradez que se gastaban algunos para, al final, acabar pidiéndole un encargo. Como aquel tipo, con el que llevaba ya diez minutos al teléfono.

-Se trata de un caso de justicia, de beneficiar a la mayoría, de acabar con la dictadura de ese hombre. ¿No lo entiende?

-Yo no tengo que entender nada, esto son negocios. Guárdese su rollo para otro que lo aprecie más.

-Por favor, ayúdenos, es nuestra última posibilidad de que las cosas cambien.

-Pero, en definitiva, ¿qué es lo que quiere?

-Quiero que ese hombre cambie de actitud, que le hagan ver que nos está perjudicando a todos.

-Bien. Usted quiere que le metan miedo, que le den unas hostias y que se quede más suave que un guante. ¿No es así?

-Sí. Lo que sea necesario, para que deje de hacer la vida imposible a los vecinos con su egoísmo: que coopere, que no se oponga a todo, que pague lo que le corresponda... Hagan lo que haga falta. Por favor.

-Hombre, tampoco nos lo vamos a cargar porque se niega a pagar los gastos de comunidad ¿no?

-No. Eso no. ¿Cuánto nos cuesta eso de la...?

-Hablar con él y, como mucho, darle una paliza si no se aviene a razones sale por tres mil euros, gastos incluidos.

-¿Tres mil? De acuerdo. Con poca violencia, por favor.

-¿En qué quedamos? ¿Paliza con poca violencia? No. Esto funciona de la siguiente manera: las palabritas se las dejo a usted. Siga intentándolo si quiere. Adelante. Cuando se canse nos paga por adelantado y en una semana se acabó su problema.

-Vale. Vale. ¿Dónde se lo ingreso?

-Tranquilo. Tenga el dinero preparado, el viernes próximo pasaremos a buscarlo.

Una vez tomada la decisión, el Chino no era amigo de más reflexiones. Sin embargo, aquel encargo le dejó un rato pensativo. Había algo que no le quedaba del todo claro, no obstante marcó el número de Ramírez.

-Ramírez, campeón ¿cómo estás?

-A dos velas, como siempre, ¿qué quieres Chino?

-Oigo mucho ruido por ahí, ¿puedes hablar?

-Estoy en el gimnasio del Porras, dándole un poco al saco.

-¿Vas a volver a boxear? Tienes casi cincuenta años y tú no eres Foreman.

-Gracias por recordármelo. Vengo a hacer guantes con los chavales, para mantenerme en

forma, ¿algo más?

-Es que si vuelves no me lo pierdo y, desde ahora te lo digo, nuevo pasta a tu favor. Eso no lo dudes.

-Vale, lo tendré en cuenta. Chino, me estoy enfriando.

-Tengo un trabajo. Se trata de asustar un poco a un viejo que no deja en paz a sus vecinos. Un regalito.

-¿Cuánto?

-Tres mil. A medias, como siempre.

-Y si es tan fácil porque no lo hacen solitos los vecinos.

-El tío que me llamó es el clásico achantado, ya sabes. Se acojona en cuanto el otro le da dos chillidos y, claro, siempre se sale con la suya. Me da la impresión de que la que lleva los pantalones es su mujer. Es quien le ha mandado que resuelva el tema como sea.

-No me jodas Chino, pagan medio kilo por sacudirle dos hostias a un viejo y que vote en las reuniones de vecinos lo que ellos digan. Aquí hay algo raro.

-No sé Ramírez. Si quieres llamo al rubio y tú sigues de *sparring*. Antes no hacías tantas preguntas.

-Vale Chino. Ya te contaré.

Una semana más tarde, el viernes, Ramírez esperaba apoyado en su coche en el *parking* del Carrefour. Le gustaban esos sitios para citarse con sus clientes. Anónimos y fáciles de encontrar. Todas las ciudades de provincias tenían unos cuantos a las afueras y aquella no era una excepción. Todo se parecía cada vez más. Eso era bueno para su trabajo. A las once sólo quedaban por allá grupos de jóvenes que fumaban canutos y se pasaban botellas de plástico llenas de cubata.

Pasaban quince minutos de la hora. A Ramírez le empezaba a contemplar como un bicho raro la cuadrilla que había aparcado a su lado un Opel Astra amarillo, irreconocible tras el *tuning*. La música salía a todo volumen por las puertas abiertas de par en par. Dos chicos y dos chicas de no más de veinte años bailaban fuera, pasándose la botella de plástico. Ramírez fumaba sin mostrar impaciencia, parapetado tras sus eternas *Ray-Ban* de montura dorada y cristales verdes, concentrando su mirada en el asfalto aunque consciente de que allí desentonaba. Qué pensarían de un tío grande como un armario, vestido con americana de cuadros y pantalones con la raya bien marcada, inexpresivo como una piedra. Con su propia pregunta sin respuesta, Ramírez se sacó brillo a los mocasines granates con la trasera del pantalón y se encogió de hombros. Le ofrecieron un trago. Ramírez ni siquiera contestó: sólo puso una cara que no dejaba ninguna duda sobre sus ganas de congeniar con ellos. Los chavales siguieron bailando entre risas y miradas de burla.

Finalmente, desde un taxi un hombre le hizo gestos con la mano:

-Señor Chino, Señor Chino.

-¿Y tú quién eres?

-Soy Javier, Javier Lomas. Hablamos por teléfono el otro día...

-Bájate y despide al taxi.

Lomas y una mujer bajaron del coche y se acercaron a Ramírez.

-Primero, no vuelvas a ser impuntual. Segundo, espero que hayáis traído el dinero.

Tercero, yo no soy el Chino. Montad en el coche.

-Esta es mi mujer, Elena, ¿cómo se llama usted?

-Eso da igual. Vamos. Aquí hay mucho alboroto -contestó Ramírez mirando a la mujer de arriba abajo pero sin darle la mano.

Cuando arrancaron, uno de los chavales les despidió con el dedo corazón levantado y lanzando un gargajo que quedó chorreando por el cristal del parabrisas. Ramírez detuvo el coche y valoró la situación. Dos chavales fuertes, nerviosos, violentos. Le darían guerra en el cuerpo a cuerpo. El alcohol y las chavalitas a las que querían impresionar empeoraban las cosas. Puede que Ramírez recibiese alguna. Si hubieran sido sólo unos niños lo hubiera dejado pasar. Miró las caras de sus clientes por el retrovisor. El hombre asustado, la mujer expectante. No era un comeniños pero tampoco un cobarde. Había que dejar eso claro. Tenía que resolver aquello limpiamente, sin necesidad de sacar la pipa de la guantero. La mayoría de la gente piensa que las peleas se zanan a puñetazos, dando y recibiendo sin tregua. Eso está bien para las películas. En la calle hay que sacar ventaja de lo que se tenga a mano. No hay árbitros, ni reglas, ni golpes bajos prohibidos. Es más sencillo: se trata de pegar y de que no te peguen. Con esa idea bien clara, Ramírez sacó la cabeza por la ventanilla. Sonriente. Las cosas con alegría salen mejor.

-¡Oye chaval! ¿Cuánto cobran tu novia y la otra por un ratito?

El que había escupido le dio las gafas de sol a una de las chicas, se puso un puño americano en la mano derecha y se acercó al coche poniendo su peor cara de odio. Por el camino se quitó la camiseta. Quería mostrar su cuerpo -pura fibra- y de paso el dragón que llevaba tatuado en el pecho. Tenían pinta de hacer *kickboxing* o algo así. Seguro. Había acertado dejándoles que dieran el primer paso.

-¿Qué has dicho payaso de mierda?

-Que si me prestas a las dos un rato. Te doy cincuenta euritos y os hacéis unos litros tu amiguito y tú mientras tanto. Os las devolveré contentas, te lo prometo.

-Te voy a matar hijo de puta.

Por el retrovisor, Ramírez vio al otro chaval sacando un bate de béisbol del maletero. Bien preparados. Capaces de partirle la cabeza al que se cruzara en su camino. Ramírez ya conocía ese rollo de la violencia por la violencia. No le iba. Las chavalas le insultaban excitadas, acostumbradas a esos *shows*. Dispuestas a patearle sin piedad en cuanto cayera al suelo. Más tarde lo contarían a gritos, histéricas, atiborradas de coca en algún bar del barrio (*Le dimos de hostias a un pureta así de grande en el parking del Carrefú*). Flacas, anfetamínicas, casi espectrales -el maquillaje blanco y el contorno de ojos negro resaltaban su aspecto demacrado-. Ramírez no había apagado el contacto.

-Agárrense.

Arrancó bruscamente y avanzó apenas treinta metros. Se asomó por la ventanilla con su mejor sonrisa y vio venir a los dos jóvenes corriendo. Cuando estaban a punto de llegar avanzó un poco más. Había que hacerlo bien. Dejarles pensar hasta el último momento que si corrían podrían alcanzarle. Los fue calentando para que la rabia y el cansancio les anularan un poco más el sentido común. Después de un rato, salió del coche y cuando el del puño llegó a su

altura, midió la distancia y le soltó una patada en la rodilla. Nunca fallaba. Le barrió la pierna de apoyo y, ya tumbado, le pateó las costillas a conciencia. Esquivó fácilmente el bate del que se había rezagado y le pegó en los riñones con el puño. Lo dejó arrastrarse hasta una hilera de carros de compra donde pretendía refugiarse, allí le alcanzó y le golpeó arrastrando uno de ellos. A la tercera se derrumbó con la cara ensangrentada. Ramírez miró a las chicas y, después de decirles que la oferta seguía en pie, subió al coche.

Nadie abrió la boca. Javier Lomas parecía que había pasado un mal trago, pero Ramírez hubiera jurado que su mujer esbozaba una leve -casi imperceptible- sonrisa. Metió el coche en la autopista y salió en un área de servicio. Aparcó y, cuando estuvieron sentados en el bar, Ramírez pidió a Javier Lomas que fuera a por las consumiciones.

-Cuénteme -le pidió a la mujer.

-¿No esperamos a Javier? -preguntó en tono divertido.

Era de esa clase de mujeres, pensó Ramírez. Para decir cualquier cosa tienen que dejar la provocación flotando en el ambiente. No importa quién tengan delante, ni siquiera importa que les guste. Utilizan todas las armas disponibles. Parpadeo. Sonrisa. Labios entreabiertos. Voz impostada. Mirada húmeda. Agotadoras. Desquiciantes. Tóxicas. Irresistibles. Sobre todo cuando eran tan bellas como esta.

-Creo que necesita tranquilizarse un poco. Empiece usted -zanjó con sequedad Ramírez.

-Se lo resumiré en pocas palabras. Hay un vecino, Antonio Recio, un jubilado que hace la vida imposible a la comunidad. Hizo dinero como contratista de obras y los bajos de la casa, además del piso, son suyos. Es difícil sumar más votos que él y se opone a todo aquello que no le convenga. No quiere poner ascensor, ni arreglar la fachada, ni hacer ninguna mejora si no es pagando lo mismo que los demás a pesar de que su porcentaje es mayor. Además siempre está diciéndolo a la gente lo que tiene que hacer, se cree el jefe, no hay leyes ni mayorías que valgan. Nadie se atreve con él. Las reuniones son un infierno y la gente está atemorizada. La convivencia es muy difícil ¿sabe?

Puede que estuviera sinceramente afectada o puede que no. Ramírez, en todo caso, había aprendido hacía tiempo a distanciarse de las razones de sus clientes.

-Ya. Y quieren que yo le haga entrar en razón.

-Sí. Ahora somos nosotros los presidentes de la comunidad y nos gustaría solucionar ese tema. Hay una serie de obras que habría que hacer, la gente se va haciendo mayor y...

-¿Por qué no cambian de casa?

-¿Por qué has dejado tú marcharse a esos chavales?

-Ya han tenido lo suyo. No creo que tengan ganas de volver a intentarlo en una temporada.

-¿Estás seguro?

Ramírez recibió la pregunta como si le abofetearan por sorpresa. Se sostuvieron la mirada en silencio hasta que ella bajó la vista con una sonrisa. Se dejó observar a placer durante unos breves segundos. Ramírez disfrutó con la vista. Cuando estaba a punto de acariciarle la mano, el marido llegó con unos cafés y rompió el embrujo. Su mujer le lanzó una mirada que era odio y desprecio a partes iguales. Seguía asustado. Ramírez supo entonces que era de la

clase de los que no soportan la violencia. Había muchos así. Al fin y al cabo, esa era una de las razones -la principal- de que él tuviera trabajo. Sólo algunos pueden aprender el oficio. Meter miedo con una mirada que deja claro que van a por todas. Hacer temblar con un gesto. Pegar rápido y duro. Hacer daño sin dar un golpe de más. Matar. Pero a la mayoría de ellos siempre les queda un hueco para la compasión. Ramírez no disfrutaba con el dolor, no era un psicópata despiadado. Simplemente hacía su trabajo. Quizás sólo porque un día se dio cuenta de que era capaz de hacerlo bien. Además, le pagaban. Eso era todo. Lo que había visto en la mirada de castigo de esa mujer a su marido por llegar demasiado pronto era distinto. Llegado el momento, se mostraría tan compasiva con quien se interpusiera en su camino como un caimán con un recién nacido abandonado en la orilla.

Javier Lomas removía su café. Una y otra vez. Su mujer aguardaba impaciente con los ojos muy abiertos y una mueca que estaba a medio camino entre la sonrisa y la dentellada. Ramírez valoró una vez más el encargo: había algo que no terminaba de encajarle. Era el presentimiento de que la película no era tal y como se la estaban contando. En su profesión había que desconfiar de los clientes. El que paga para que hagan daño a otro, aunque no sea consciente de ello, está cruzando una línea desde la que ya no se puede volver atrás. La que separa la superficie de las cloacas, la luz de las sombras, los hombres de las bestias. Ramírez echó un vistazo al local: familias con niños, ancianos, viajeros solitarios, gente normal con vidas normales que un día se pueden convertir en un infierno por la codicia de otros o por la de ellos mismos. Dejó que el sonido de las tazas, las cucharillas y las conversaciones meciesen su reflexión unos instantes más. Después, se pellizcó el puente de la nariz, suspiró hondo, encendió un cigarrillo y decidió que era hora de ponerse a trabajar de una vez. Ya llevaban allí casi un cuarto de hora y no iba a resolver ninguna de sus dudas sentado.

-En una semana el viejo habrá cambiado de actitud.

-¿Un semana? Es mucho tiempo ¿No? -preguntó el marido mirando hacia su mujer.

-¿Qué vas a hacer? ¿Hasta dónde vas a llegar? -preguntó la mujer a Ramírez sin contestar a su marido.

-Eso es cosa mía.

-¿Llegarías a matarle?

-Hay cosas que se hacen pero que nunca se habla de ellas.

-No sé si hemos acertado contigo. A lo mejor queremos volvernos atrás.

-¿Habéis traído el dinero? -preguntó Ramírez, que no se esperaba aquello.

-Sí -contestó el marido, siempre mirando a su mujer.

-Espera -dijo ella- ¿cómo sabemos que no te irás y no te veremos más el pelo? ¿O que fallarás y el viejo seguirá como siempre?

-No hay manera de saberlo. Tenéis que fiaros de mí, si no os gusta me pagáis los gastos y me vuelvo a Madrid. A mí me da lo mismo pero el Chino no sé cómo se lo tomará. Ya se lo explicaréis vosotros.

El marido dudaba. Ella le arrebató el sobre y se lo ofreció a Ramírez sin llegar a entregárselo. Un último intento. La punta de la lengua jugueteando con los labios. Nadie más lo podía ver. Sólo Ramírez. La mirada turbia prometía sexo. El perfume denso le arrastraba hacia esa oferta, ya muy clara. Javier Lomas jugueteaba con la cucharilla. Resignado. Fue un instante. Demasiado tiempo sin mojar -pensó-, enseguida arreglaremos eso. Ramírez cogió el sobre. Lo abrió: dentro no había tres mil euros.

-Falta.

-Sí, sólo hay mil quinientos, en dos días le doy el resto. Por favor.

Ramírez se quedó mirándoles con el sobre sujeto con dos dedos. Le costaba reconocer que si se marchaba no volvería a ver a esa mujer.

-Mañana sin falta.

Iba contra todas las normas de su profesión. Era una mala apuesta pero ya lo había dicho.

-Mañana es sábado, hasta el lunes no podré juntar todo.

-Entonces en vez de mil quinientos serán dos mil. Yo os llamaré -Ramírez se guardó el sobre y se levantó.

-¿No nos acercas al centro?

-Es mejor que cojáis un taxi. Cuanto menos nos vean juntos, mejor.

Caía la noche de viernes en aquella ciudad ni pequeña ni grande, como tantas otras que le había tocado visitar. Tenía el hotel reservado para una semana pero antes de dormir decidió darse una vuelta para conocer el terreno. Se tomó unos *whiskys* a precio de oro en una barra americana y no le apeteció nada de lo que vio. No podía sacarse a la mujer de Lomas de la cabeza.

Al día siguiente decidió enfrentarse a su tarea: fue al bar donde Antonio Recio jugaba al ajedrez todas las tardes hasta el anochecer. Allí estaba: pequeño, gordo y calvo. Si hubiera tenido más pelo por el cuerpo hubiera podido pasar por un gorila. Manos enormes acostumbradas a coger pesos y una cara rebosante de astucia animal. Ramírez estuvo observándole y cuando terminó la partida, sin pensárselo dos veces, le propuso jugar aunque no había practicado desde los tiempos de la cárcel.

El viejo resultaba insoportable: canturreaba durante la partida y no paraba de hacer gestos cada vez que su adversario iba a mover una pieza. Ramírez fue un rival digno al inicio pero enseguida perdió la concentración y el viejo le dio jaque mate.

-Juega usted muy bien.

-Aprendí con los mejores. En Rusia.

-¿En Rusia?

-Me mandaron allí de niño. El ajedrez era obligatorio en el colegio, como aquí las matemáticas.

Con el tema de Rusia y la Guerra Civil pasaron un rato charlando. No parecía mala persona. El clásico viejo terco y orgulloso, un superviviente de casi todo que no se dejaba torear fácilmente. Conocía a varios viejos así.

-¿Juega usted todos los días?

-Sí, es bueno para la cabeza. Se mantiene ágil y el tiempo pasa más deprisa.

-No parece usted alguien demasiado agobiado por el paso del tiempo.

-Cada vez llevo peor la soledad. No me importa reconocerlo.

-Hay mucha gente que ni siquiera lo reconoce.

-Cualquier día me juntaré con alguien que no deba y me dará un susto.
-Por mí no se preocupe.
-No. Pensaba en mujeres -dijo dibujando con las manos una silueta llena de curvas y empezó a reírse a carcajadas.

El domingo Ramírez volvió y después de la partida se fueron a tomar unos vinos. El viejo tenía aguante. No se separaba de la cartera de piel donde guardaba su reloj de competición y unas cuartillas para apuntar las partidas. Caminaba balanceándose, a pasos cortos y rápidos (*La maldita cadera me está matando. Tendré que terminar operándome*). Cuando salieron del último bar, las calles estaban desiertas. Eran estrechas y bastante oscuras, como las calles del barrio viejo de cualquier ciudad. Al doblar una esquina, Ramírez tuvo un mal presagio. Algunas veces le sucedía, no sabía por qué pero había momentos y lugares que le hacían ponerse en guardia. Se giró y vio venir a una pareja avanzando a paso decidido, no iban de paseo. Se pegó instintivamente a la pared y agarró del brazo a Antonio hasta que les adelantaron. Eran del mismo estilo que los chavales del aparcamiento del día anterior.

-Tranquilo. No te pongas nervioso, estas calles son seguras.
-Nunca se sabe
-Oye y tú ¿a qué te dedicas?
-Hago trabajos por encargo.
-Y eso ¿qué es?
-Le seré sincero: me han contratado unos vecinos suyos para que le haga cambiar de opinión.
-Escúchame hijo de puta y díselo a esa zorra del segundo: yo en mi casa hago lo que me sale de los cojones.
-Tranquilo, no tiene que tener miedo de mí.
-Yo no le tengo miedo a nadie. ¿Me entiendes, cabrón?

El viejo escupió a los pies de Ramírez y se alejó deprisa, mirando hacia atrás cada dos pasos. En ese momento, aparecieron repentinamente dos motos de frente. En cada una iban dos con los cascos puestos, los de atrás con una cadena de hierro forrada de goma en cada mano. Se detuvieron a unos cuantos metros de ellos acelerando sin soltar el freno. Las ruedas chirriaban y sacaban humo al asfalto. Se había dejado pillar en una calle larga sin bocacalles. Las motos embistieron haciendo caballito. Las cadenas girando en molinetes. Ramírez se tiró al suelo. No fue lo suficientemente rápido. Le alcanzaron de lleno en el muslo. El dolor le hizo chillar, se levantó cojeando, desenganchó una papelera, se pegó contra la pared y la lanzó contra la moto que venía otra vez de frente. Cayeron al suelo y allí les pateó sin piedad. Unos metros más allá el viejo se defendía como podía pero le llovían golpes. Uno tras otro. Para cuando llegó Ramírez, estaba ensangrentado e inconsciente. Dejó que los de las motos se fueran -sabía de sobra quiénes eran- y llamó a una ambulancia. El viejo estaba mal.

Agonizó durante día y medio. Le habían fracturado el cráneo. La hipertensión y la diabetes hicieron el resto para que un percance así fuera fatal. Ramírez estuvo a su lado todo el tiempo. No tenía ninguna razón pero no quería irse. Nadie apareció por allí. El viejo tenía todo arreglado con la Funeraria para que llegado el momento le incineraran. Ramírez se quedó con sus llaves y el reloj de ajedrez y se fue para su casa. Habían registrado el piso a conciencia. Se sentó en el brazo destripado de una butaca y dejó el reloj con cuidado en el borde de un tablero vacío. Por el suelo, un revoltijo de libros rotos, fichas de ajedrez, espuma de cojines, loza y

otras cosas hechas pedazos que no identificó. Sentado allá, recordaba la insistencia con la que el viejo pedía su reloj en las noches de delirio como si -pensaba Ramírez en aquellos momentos- aferrado a él pudiera agarrarse a la vida que se le escapaba. Abrió el reloj y en una de las paredes, pegada con cinta de empalme, había una llave. Durante unas horas estuvo golpeando suavemente la pared del piso con el mango de su navaja. Al mover el frigorífico vio que había un enchufe que sobraba. Sacó la tapa del falso enchufe y allí estaba: una caja de metal azul alargada. Dentro había algunas joyas y unos lingotes de oro (*¡Joder con el viejo!*). Todo aquello valía un dinero, lo suficiente como para cargarse a Antonio Recio. En un costado había un par de sobres. Olían a perfume. No a cualquiera sino a uno que Ramírez conocía muy bien. Dejó el oro, cogió los sobres y bajó al segundo. No tuvo que pensar mucho. Sus clientes tenían prisa y habían cambiado de idea. Los chavales cobraban poco y les gustaba la sangre. Se habían cargado al viejo y habían tenido tiempo para registrar el piso tranquilamente.

El marido abrió la puerta e intentó una actuación tan lamentable que Ramírez evitó que la continuase y entró directamente en el piso sin ser invitado.

- ¡Qué sorpresa! Pensábamos que ya no aparecería por aquí después de lo de Antonio.
- Deja de hacer el imbécil y cierra la puerta.

Sentada en el sofá, estaba la mujer. Ramírez avanzó hasta allí, cogió una silla y se sentó a horcajadas. Enfrente.

- ¿Qué desea?
- Que os sentéis y que dejéis de haceros los listos de una puta vez. ¿Creíais que os había tocado la lotería con el viejo?
- No entiendo -dijo el marido con voz trémula.
- Mirad, conmigo no juguéis. La cosa es muy simple: quiero el doble de la tarifa por haber enviado a esos aficionados a que mataran al viejo y que, además, de paso casi me parten la cabeza. Voy a ser benévolo y voy a pensar que no les mandasteis contra mí. Por eso aún conserváis los dientes en su sitio pero quiero el dinero.
- No tenemos ese dinero -dijo el marido tartamudeando.
- Esto no es un regateo, muñeco, o me das el dinero o te rompo las piernas. Tú eliges. Por cierto, los mil quinientos me los quedo de indemnización.

Ramírez agarró a Javier Lomas por el cuello con una mano y le colocó la punta de la navaja en el párpado.

- ¿Quieres que te saque el ojo aquí mismo y te lo meta por el culo?
- Vale. Tranquilo. No tenemos seis mil euros aquí, si quieres mañana te los entregamos donde nos digas -dijo la mujer.

Ramírez la miró: de pie con un cigarrillo encendido entre los dedos, las largas piernas asomando por la falda y un botón de la camisa desabrochado enseñando el inicio de un pecho. Fría como una serpiente. Lomas no pintaba mucho en toda la historia, había tenido mala suerte de conocerla a ella, con cualquier otra no estaría metido en tantos líos.

- Vete al cajero y tráeme 600 de adelanto -le dijo al marido sin mirarle.

Lomas dudó hasta que la mujer asintió autorizándole a hacerlo.

-¿Cómo sabías que el viejo guardaba oro en casa? -preguntó Ramírez en cuanto el marido cerró la puerta de la calle.

La mujer se le acercó fumando. Los tacones sonaban acompasados en el *parquet*. Cuando estuvo a medio metro, expulsó el humo despacio formando un círculo con los labios y le preguntó amablemente, como la mejor de las anfitrionas:

-¿Quieres una copa?

-Un *whisky* con hielo y agua.

Era lo que necesitaba. Aquella mujer le secaba la garganta. Ramírez la contempló a contraluz mientras se dirigía a la cocina. Movía las caderas sabiéndose observada y llevaba el cigarrillo alejado del cuerpo como si desfilara. Le tendió el vaso. Un mechón de pelo le cruzaba los labios. Dos ojos verdes miraban fijamente a Ramírez. Esperaban. Ramírez bebió, la mujer bebió.

-¿Has encontrado el oro?

-Contéstame primero ¿Cómo sabías que el viejo tenía eso en casa?

Ramírez intentaba concentrarse. No era fácil. La mujer se acercó más y le pasó a Ramírez las dos manos por el cuello. Con los labios casi tocándole los suyos, le contestó, algo que Ramírez ya se imaginaba:

-¿Cómo crees tú que me enteré?

-Arriesgaste mucho, el viejo no tenía pinta de rico.

-Me echaba los tejos y un día alardeando se fue de la boca. ¿Cuánto hay?

-Unos cuantos lingotes y alguna sortija.

La mujer enroscó su pierna a la espalda de Ramírez y le mordisqueó la oreja, susurrándole:

-¿Vamos a medias?

-¿Por qué tendría que compartir?

-Porque te gusto.

Ramírez la sostuvo en el aire, dejando que se sentará en sus manos y le rodeara con las dos piernas. Se besaron despacio. Ramírez le acarició con pasión y ella respondió a sus caricias apretándose contra él. La puerta de la calle se abrió y volvió a cerrarse. Ramírez por fin la soltó y le dijo:

-Me gustas pero no tanto como para compartir el oro contigo.

-Hijo de puta.

-Como no tenga los seis mil euros mañana te partiré los dientes. Por favor, tómatelo en serio: perderías mucho sin ellos. A las 24:00 en el *parking* del Carrefour.

Cuando cerró la puerta algo golpeó detrás de él, por el ruido pensó que sería un zapato.

En la calle, como un perro abandonado, esperaba inquieto el marido.

-Tu mujer no está de muy buen humor. Yo esperaría un poco más.

-Usted no la conoce.

-Ni ganas ¿Tienes mi adelanto?

-La vida la ha tratado muy mal. Hasta que me encontró a mí había dado tumbos por ahí.

-No está mal la suerte que habéis tenido: estáis hechos el uno para el otro. Me das los seiscientos o te tengo que poner cabeza abajo hasta que caigan.

Ramírez se fue al puticlub más cercano. Cuando se hubo desfogado, se tumbó en la cama del hotel a pensar con calma en lo que se le venía encima. No tenía ninguna necesidad de acudir a la cita. No lo hacía por dinero. Sabía que volverían a llamar a los de las motos y que irían a por él, pero habían intentado engañarle. Si se corría la voz quedaría como un pringado. A los chavales tenía que dejarles claro que con él no se jugaba y a los clientes -sobre todo a ella- quería darles una lección. Al día siguiente acudió al cementerio a visitar la tumba del viejo.

-¡Qué manera más absurda de morir! Todo por un polvo con una vecina ambiciosa.

Se alejó de allí con un humor sombrío. Pasó el día viendo la televisión y cuando se acercó la hora cargó la Smith and Wesson y se la metió en la cartuchera sujeta a la parte de atrás del cinturón; la pequeña Beretta se la colocó en el calcetín. Comprobó que desenfundaba fácilmente las dos y se encaminó al centro comercial. Paró en una gasolinera. Llenó cuatro botellas de cerveza de gasolina, les puso una mecha y las guardó en el bolsillo de la puerta. Llegó una hora antes, se apostó en la carretera que cruzaba por encima y desde allí pudo ver que tenía ya un comité de bienvenida preparado: cuatro chavales y un quinto a la entrada del *parking* -atento- para avisarles de cuando llegara. Se paseaban nerviosos, ensayaban patadas de kárate y golpes con los bates. Gente decidida a hacer daño. Impulsivos. Peligrosos. Anestesiados por las pastillas y el alcohol. El *parking* estaba desierto como cualquier otro día de labor a esas horas. El matrimonio esperaba dentro del coche, en primera fila, para no perderse el espectáculo. La única ventaja de Ramírez era que ya no le iban a sorprender. Esa y que él estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera necesario para dejar las cosas en su sitio. Se habían acabado las contemplaciones. Desde su atalaya revisó mentalmente los pasos que iba a dar. Si todo salía bien, a la mañana siguiente estaría en Madrid.

Bajó y aparcó el coche, entró caminando para pillar al centinela por detrás.

-Lárgate corriendo o te mato.

No lo tuvo que repetir dos veces. Entró con el coche a toda velocidad y sacando la mano con la Smith and Wesson por la ventanilla empezó a disparar al aire. Después encendió la mecha de la primera botella y la lanzó. Así hasta acabar las cuatro. Los coches de los chavales ardían y ellos se largaban por piernas. La pareja intentó huir también pero Ramírez les bloqueó la salida y apuntándoles con el revólver les pidió el dinero.

-No lo tenemos -le contestó la mujer con aplomo.

Ramírez se bajó, abrió la puerta, sacó a la mujer, la puso de rodillas y comenzó a golpearla con el puño enfundado en un guante de cuero. Metódicamente. En un momento tuvo

los pantalones salpicados de sangre y de trozos de dientes. Lomas le pedía que no siguiera, que no tenía esa cantidad pero que le daría lo que tuviera. Lloraba desconsolado.

-Cobarde, eres un cobarde -rugió la mujer con el mayor de los desprecios. La boca era un agujero rojo. Las encías en carne viva. La mirada ardiendo de dolor y rabia. Aún sería capaz de aguantar más castigo. Ramírez les miró y pensó que ya tenían bastante y que lo mejor que podía hacer era largarse cuanto antes.

Arrancó y condujo de un tirón. Cuando llegó a Madrid fue a ver al Chino, le dio su dinero y le preguntó a cómo estaba el oro.

-Depende de la clase. ¿Cuánto tienes?

-Unos lingotes. Te encargas de venderlo y vamos 80 a 20.

-60 a 40 Ramírez, es receptación y me la puedo cargar.

-70 a 30. Te juro que nadie va a reclamarlo.

-Hecho. Parece que no te ha ido tan mal en el lío ese de vecinos ¿no?

-Algún día te lo contaré, por ahora me voy a descansar.

Cuando llegó a su apartamento, se sirvió un *whisky*, encendió un cigarrillo y salió a la terraza con la botella dispuesto a emborracharse lentamente mientras caía la noche. El perfume de aquella mujer aún se mantenía en sus manos. De vez en cuando, acercaba una a la nariz y respiraba profundamente. De madrugada se despertó helado y con la boca pastosa. Se olió la mano. El olor del perfume ya se había esfumado, como un mal sueño.

Juan M. Velázquez (San Sebastián, 1964). Profesor de Derecho internacional privado en la Universidad del País Vasco y escritor. He publicado hasta ahora relatos en las revistas La Gangsterera y Barcarola. En 2006 publiqué "Secundarios de lujo" (EREIN), una colección de 18 relatos de temática variada, todos de corte realista. Algunos de mis escritores favoritos – por hablar de influencias- son R. Carver, J. Cheever, G. Simenon, D. Hammett, R. Chandler, E. Hemingway, S. Fitzgerald, L. Block, J. Wambaugh, J. Sallis, Karmelo C. Iribarren, J. Ellroy, etc... espero que algún día pueda decir que se me pegó algo de ellos.

Llega el verano a estas latitudes y, con cuarenta grados a la sombra, no se nos ocurre otra cosa mejor que encerrarnos en un cine, con sesión doble o triple a poder ser y el aire acondicionado a un nivel capaz de acongojar al pingüino más pintado. Y como no tenemos una cartelera a mano, hemos decidido preguntar a algunos autores criminales por una película que merezca la pena ver una, dos y hasta tres veces si es menester. Aquí están sus respuestas.

¿Una película que nadie debería dejar de ver?

Carlos Salem. Aunque el cine ha dado enormes películas negras, no tengo una única favorita, salvo tal vez un puñado de aquellas en las que Bogart moría, antes de ser famoso y conseguir seguir vivo por contrato. Siempre digo que la literatura es radio y la imagen la ponemos los lectores; entonces el cine es para mí como el que es forofó de un club de fútbol nacional y tira también para uno de su pueblo. Amores diferentes. Y si me apuras con una peli que no sea del genero, quedará como un ñoño, pero lo digo: el que vea *Cinema Paradiso* por primera vez y no se emocione, es un cabrón sin remedio.

Kama Gutier. Siendo de Juárez, *Sed de mal*. Me gusta porque los buenos son malos, oye...

Mercedes Castro. *Antártida* (1995, de Manuel Huerfano), *Más extraño que la ficción* (*Stranger than Fiction*, 2006, de Marc Forster) y por supuesto, la serie *Los Soprano*.

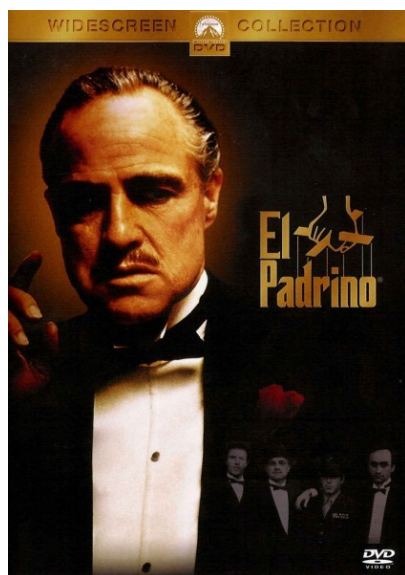
Juan Ramón Biedma. Hay una película bastante olvidada -lo que no sé si eso la apaga o la engrandece, pero sin duda es una lástima porque limita sus posibilidades de difusión para las nuevas generaciones- de la que conservo, más que un recuerdo, un sabor que no se va. Hablo de *Inquietudes* (*Trouble in mind*, 1986) de Alan Rudolph.

Un policía acaba de cumplir su condena en la cárcel, se va a vivir a los altos de un bar, progresivamente se va implicando en el microcosmos que se desarrolla alrededor del local.

Comedia, musical, cine negro con un estilo superexpresionista que le hizo ganar tantos adeptos como incondicionales en su tiempo. Cine independiente, muy original, y con un distanciado lirismo que no encontramos tanto como quisiéramos.



José Luis Muñoz. Para mí la mejor película de género negro es *La jungla de asfalto*, de John Huston, seguida muy de cerca por *Perdición*, de Billy Wilder y *Cara de ángel*, de Otto Preminger, sin olvidarnos de *Chinatown*, de Roman Polanski, todas ellas modélicas. Y bueno, *Atraco perfecto*, de Stanley Kubrick y *Ascensor para el cadalso*, de Louis Malle.



Amir Valle. Sigo diciendo que no se ha hecho nada mejor que *El Padrino I* hasta hoy. En esa película están todas las variantes, todos los matices, todas las esencias de lo que caracteriza al género negro en cualquiera de sus expresiones de creación. Es una obra maestra del género y trasciende porque no sólo se regodea en los aspectos “negros” del asunto “mafia”, sino que propone lecturas de la sociedad y del ser humano que muy pocas otras obras del cine han logrado alcanzar en un mismo espacio. Eso para no hablar del nivel de actuación, o de la música, o de ese fabuloso guión basado en la genial obra de Mario Puzzo.

Leonardo Oyola. *Walker*, de Alex Cord. Una actuación impresionante de Alex Harris, y una alegoría de lo que fue, es y serán los Estados Unidos y el Imperialismo. Todo con mucho, humor, ironía, anacronismo y actitud punk.

José Javier Abasolo. Cualquiera dirigida por John Huston y/o protagonizada por Humphrey Bogart. ¿Se me nota?

Lorenzo Lunar. *Casablanca*.

Rosa Ribas. *El crepúsculo de los dioses* de Billy Wilder. No, quizás mejor digo *Laura* de Otto Preminger. ¡Espera! *Ciudadano Kane*, de Orson Welles. Aaaarg!



Los perros de agosto

Alexis Ravelo

El Volcán (Anaya)

Por Raúl Argemí

En Canarias también se cuecen detectives

Divertida. Policial. Juvenil. Sí, para los pibes, pero yo me la pasé muy bien y se la recomiendo aunque tenga nietos.

El Gordo Castro es el protagonista narrador. Ha pasado los veinte años pero a veces no se le nota. Es el último mono en un periódico digital de Canarias, y tan aficionado al café con leche como Marlowe a los martini.

A este gordo Castro de vaqueros hechos bolsa, camiseta como caiga, bambas astrosas y poco, muy poco éxito con las mujeres, un día la casualidad le pone enfrente un misterio que empieza con un muerto que sacan del agua. Como no podía ser de otra manera, me digo yo, porque en el escenario de esta historia, el archipiélago (esta palabra siempre me pareció que tenía algo que ver con Batman) canario, lo que sobra es agua, mar, hasta que el horizonte se curva; morir o dejarse matar en seco sería una descortesía.

Volvemos: el Gordo Castro tiene padres progre, un hermano mayor cachas que es policía, y al que odia con entusiasmo de hermano menor, y cierta habilidad para buscar información en la red.

Bien, una tarjeta de alguien muy poderoso, que encuentra dentro de la biblia del ahogado, lo impulsa a la aventura de investigar. ¿A quién? A un par de los poderosos más poderosos de las islas, con más mosca que una tarde de verano y, por si fuera poco, dueños de matones dispuestos a cargarse a cualquiera después de hacerlo picadillo a patadas.

Claro, hay una mujer. Una “ella” que pone en el Gordo Castro ganas de camisas nuevas y corbatas:

“Sus ojos tenían forma de almendra y el color del dulce de leche, con un cierre de pestañas tan espectacular que te hubiera despeinado en tres parpadeos”, dice el Gordo Castro, pero... con las mujeres no hay manera.

Por supuesto, el héroe adicto al café con leche pasa las de Caín, para terminar recibiendo ayuda de quien menos lo esperaba.

Y no contamos más.

Los perros de agosto es un texto que presenta a un escritor que conoce las malicias del oficio, y que establece una corriente de simpatía y complicidad con el lector. Alexis Ravelo ya mostró qué era capaz de hacer con sus novelas negras para adultos y ahora lo demuestra en juveniles.

Dos razones para leer esta novela aunque haya pasado la edad de protección al menor:

1. -El castellano de Canarias, fluido, musical y más imaginativo que el que se acostumbra en la península, se lee con muchísimo gusto.

2. -El Gordo Castro llegó para quedarse como cabeza de serie y se puede anotar el galón de haberlo leído cuando pocos lo conocían.

(Aclaración al pie: a) Es más fácil enviar/recibir un paquete postal a/de Sebastopol sitiada que de/a Canarias. b) Hay libros muy distribuidos en la península que aún no llegaron al archipiélago, y posiblemente nunca lleguen. También viceversa, que no es una banda pop. c) Los autores canarios tienen tanta posibilidad de ser leídos en, pongamos, Barcelona, como los autores sudacas. d) Si no consigue *Los perros de agosto* yo no se lo voy a prestar. ¡Avive, m' hijo!).

Raúl Argemí nació en Argentina y asumió distintos oficios, desde guerrillero a periodista, pasando por preso político, vendedor de helados y camarero, antes de resumir todas las historias en la decisión de escribir. Sus últimas novelas publicadas en España han sido reconocidas con siete premios internacionales, el Dashiell Hammett entre ellos, y casi todas se han editado en Holanda, Italia y Francia. En la actualidad vive en Barcelona.



Tiempo de alacranes

Bernardo Fernández

Ediciones Pàmies

Por Ricardo Bosque

En 2005, el jurado del Premio Nacional de Novela de México Una Vuelta de Tuerca acertaba de lleno al premiar, en su primera edición, la obra de Bernardo Fernández, *Tiempo de alacranes*.

Un año después llegaban a España con cuentagotas algunos ejemplares editados en México por Joaquín Mortiz, el autor se hacía con el Premio Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón a la mejor primera novela negra y quien suscribe se llevaba el premio de la firma del autor estampada en uno de esos escasos ejemplares desconocidos entonces por estos lares. Si algún día voy mal de dinero (peor de lo habitual, quiero decir) no descarto la posibilidad de montar una subasta pública en Sotheby's, Christie's o en el propio patio de mi casa si es menester.

Leída la novela en aquel verano de 2006, me dije que era una pena que esa obra no pudiera alcanzar la adecuada difusión en España, problema que ha quedado resuelto gracias a la decisión de Pàmies de editar en nuestro país la obra con la que debutó Bernardo Fernández, también conocido como Bef, en el género negro.

Tiempo de alacranes presenta un arranque que imagino resulta poco habitual en la vida cotidiana de los narcotraficantes, mexicanos o de cualquier otro país. El sicario Alberto "El Güero" Ramírez recibe el encargo de su jefe -cómodamente instalado en un penal de cinco estrellas- de eliminar a un soplón incluido en un programa de protección de testigos. Para el Güero -así apodado en referencia a los rubios y peligrosos alacranes tan abundantes en la región en que se desarrolla la trama- no se trata sino de un trabajo más con el que llegar a fin de mes. Pero la crisis existencial que parece atravesar cuando está a punto de jubilarse, unida a la

evidencia de que su objetivo, además de soplón, es un buen padre de familia, le lleva a tomar una sorprendente decisión perdonando en el último momento la vida del chivato.

Y si algo empieza de un modo tan inusual, no puede tener luego un desarrollo corriente, con lo que a lo largo de las algo menos de 160 páginas de la novela nos encontraremos con un Güero metido en más líos que los padecidos durante toda su complicada vida, convirtiéndose en rehén del atraco a un banco, en compañero de viaje -muy a su pesar- de un par de niños bien hijos de importantes jefes narcos, en el objetivo permanente de una tragicómica pareja de matones... Por si esto fuera poco, también una banda de policías corruptos -expresión que en esta novela no deja de ser una redundancia- que acostumbra a completar sus ingresos pluriempleándose como salteadores de bancos le tiene en su punto de mira por haber abortado involuntariamente una de sus rentables operaciones.

Tiempo de alacranes se convierte así en una carrera desenfrenada, descerebrada y repleta de guiños a esa cultura pop a la que tan aficionado parece el autor, carrera que solo alcanzará la meta en una escena final que tanto Robert Rodríguez como Quentin Tarantino habrían estado encantados de filmar.

Excelente novela, como excelente resulta la iniciativa de Pàmies que permite a los lectores españoles disfrutar del talento y el sentido del humor de Bernardo Fernández. No dejen pasar la ocasión o lo lamentarán, y luego no digan que no se lo advertí.

Ricardo Bosque nació en Zaragoza en 1964. Es autor de tres novelas, El último avión a Lisboa (Editorial Combra, 2000), Manda flores a mi entierro (Mira Editores, 2007) y Suicidio a crédito (Mira Editores, 2009). En 2001 ganó el segundo premio del Concurso Relatos Cortos Juan Martín Sauras con su cuento Aïcha. Otro de sus relatos, Páginas amarillas, fue seleccionado para el libro Relatos Cortos para leer en tres minutos Luis del Val. En 2009 es uno de los autores seleccionados para la antología La lista negra: nuevos culpables del policial español (Salto de Página). Desde 2003 edita el blog La Balacera, especializado en género negro.



Suicidio a crédito
Ricardo Bosque
Mira Editores

Por Jokin Ibáñez

Conocí a Tana Marqués hace unos ocho o diez años. Por aquel entonces, y por razones de trabajo, yo acudía a Zaragoza unas cinco o seis veces al mes. Tal frecuencia de viajes hizo que intimara con una señorita de una acomodada familia zaragozana.

Como mi economía no bastaba para realizar regalos provenientes de ricas joyerías, los sustituía por hermosos ramos que compraba en una floristería cercana a la residencia de mi enamorada. La frecuencia con la que acudía a esa floristería hizo que mi relación con su dueña fraguara una amistad también íntima (Mis relaciones con las

mujeres siempre han sido fáciles y, generalmente, con el consabido fruto. ¡Cuántos recelos! ¡Cuántos inconvenientes he encontrado en las clases bienpensantes!). Una amistad íntima en la que el conocimiento de los más profundos temores y ansias personales se reveló de manera fácil y sencilla. Tana me habló de su familia, de su hijo, de su marido, un tipo al que amaba, pero se comportaba de una manera muy, pero que muy, políticamente correcta en todo tipo de relaciones. Tana me confesó que, aunque su negocio iba muy bien, necesitaba una ayuda económica para... esas cosas que a veces necesitamos como autorregalos personales. Y que completan tu ego y tu autosatisfacción.

Al cabo de unos meses de pensar y repensar la manera más apropiada de ayudar a mi amiga zaragozana, fue mi otra enamorada la que dio con la solución.

Llevaba últimamente dándome la vara con el futuro de nuestra relación. Que si no estaba bien vista en el ambiente en que se movía, que si no veía yo un futuro con ella (y con varios hijos, además), que si para cuándo apostaba mis reales en la capital del Ebro, y que si patatín y que si patatán,...

Total, que todo esto llevó a lo que llevó. La situación se me hizo insoportable. Lo comenté con Tana en uno de esos desayunos con café y croissant a la plancha que nos pegábamos hablando de nuestras cosas. Y fue ella la que sugirió que mi novia, o futura ex novia, podía desaparecer. ¿No lo habías pensado nunca?, me preguntó. Lógicamente, debería parecer un suicidio, acordamos. Así nadie me echaría a mí la culpa de nada. Salvo en un aspecto moral que, en realidad, me importaba un pito.

Y ése fue el principio de un futuro largo y prometedor.

Mi situación económica mejoró bastante puesto que, al desaparecer mi antigua enamorada de manera tan sugestiva, yo mismo me encargué de ir corriendo la voz de manera discreta por mi círculo de amistades zaragozanas. Y cobraba por ello una jugosa comisión.

Uno de estos amigos, con el que me he corrido inmensas juergas regadas con cerveza, también zaragozana, es Ricardo Bosque. Funcionario con alma muy negra, ínfulas de escritor criminal y con una recua de conocidos que se la tenían jurada. Y fíjate, que todos éstos, sin quedar ninguno en pie, optaron por el suicidio.

Presenté a Ricardo y a Tana, aún lo recuerdo bien, un día del Pilar del año 2003. Habíamos salido a pasear cuando topamos con el Bosque. Y se cayeron muy bien, creo que fue un amor a primera vista. Sé que Ricardo frecuentó la floristería multitud de veces. Unas con encargos, otras por afición.

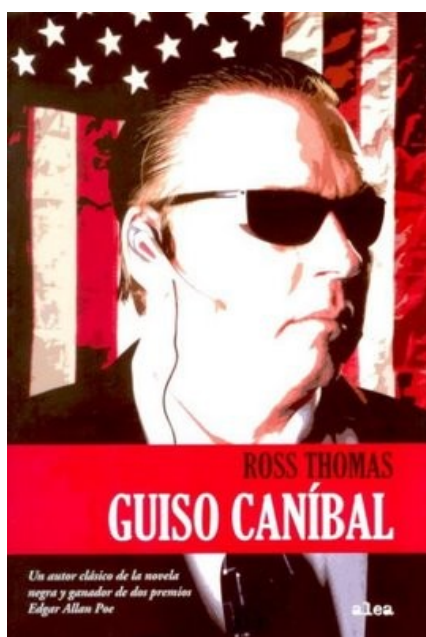
Y una cosa llevó a la otra. Tana, sabedora de la querencia de Ricardo por las letras negras, fue relatando historias que éste llevó negro sobre blanco a la imprenta. Claro que fue limando aristas. No es bueno presentar crueldades al buen público.

Comenzó hace un par de años mandando flores (¿qué iba a hacer una florista?) y ahora, este mismo año, se confiesa como creador de *Suicidio a crédito*. Tana no ha olvidado sus principios, que fueron duros, que no tenía dinero y sabía que para casi cualquier cosa en esta sociedad, es necesario pasar por el banco a pedir un crédito.

Y van contando historias que son, han sido, reales. Y nos van contando (Ricardo y Tana) historias, hasta hoy ocultas, acerca de un antiguo galán cobarde para matarse por sí mismo. Y se zambullen en un círculo rosa madrileño que a mí nunca me gustó: contaban bastantes maldades sobre mí y mis aventurillas. ¡Cotillas!

Y creo que han roto toda aquella vieja amistad que un día nos unió a los tres. Han traicionado la confianza que un día tuve en ellos dos. Creo que he de contratar a alguien para que les quite de en medio ya. ¿Alguien conoce a gente de confianza?

Jokin Ibáñez es un aficionado a la novela negra desde que fue detenido, durante el pasado siglo, en Sopelana (Bizkaia) por el Agente de la Continental, al que no quiso decir su nombre. Por ello, desde entonces se encuentra arrestado en el género negro y no puede salir.



Guiso caníbal
Ross Thomas
Ediciones Paidós (Alea)

Por Joan Torres

“Ross Thomas va a ser sin duda el descubrimiento editorial más importante de los últimos años para los lectores de habla española en el mundo de la novela policiaca”. Así rezaba allá por el año 1989 la contraportada de la edición española de *La madriguera*, novela galardonada con el premio Edgar a la mejor novela en 1984; el tiro falló por muchísimo, lo que nos dice bastante de las dotes adivinatorias de la Editorial Júcar y, por qué no decirlo, del gusto de los lectores en castellano.

Ahora veinte años después Ediciones Paidós (Alea) publica *Guiso caníbal*, y desde mi egoísmo confío tenga el suficiente éxito para que publiquen el resto de sus novelas;

posibilidades comerciales más altas se me antojan imposibles: Ross Thomas murió en 1995, no puede hacer promoción, difícilmente harán una película taquillera con sus historias, no es sueco, ni escandinavo, ni siquiera nórdico, no es un escritor *mainstream* con seudónimo avergonzado, no regala bandas sonoras para sus libros, no opina y pontifica sobre lo divino y lo humano, ni siquiera “trasciende el género”, simplemente narra historias que nos abre los ojos, nos mantienen en vilo, nos hacen pasar un buen rato, ser algo más cínicos y definitivamente más inteligentes.

Los ingredientes de este guiso son aparentemente vulgares: un muñidor político investiga un oscuro suceso con implicación de altas esferas que puede ayudar a su candidato en las futuras elecciones, cuenta con la ayuda de un periodista, que comió (o no) carne humana en la cárcel africana donde estuvo encerrado durante trece meses, se añade unas gotas de servicios secretos, repúblicas bananeras, generales golpistas y traficantes de drogas. Imaginen lo que el Clancy o Ludlum de turno pueden hacer con ellos, pero en las manos de este cocinero se transforma en algo incomparablemente sabroso, diferente.

De la misma forma que el niño que quería ser pintor y dibujaba el horizonte de perfil, así Thomas nos muestra las cosas al bies: tiranos de república bananera mediante un pelotón de fusilamiento compuesto por generales golpistas y su peculiar puntería; el futuro de una relación amorosa con el saludo a la Reina de Inglaterra; las preocupaciones de algunas países por el aspecto de sus embajadas; las evoluciones políticas de los liberales americanos mediante los motivos del FBI para visitarlos. Los diálogos son concisos, llenos de “bienentendidos”, se habla lo justo y se entiende el resto.

Thomas no enfoca a los poderosos, no nos habla de los presidentes, ni de los hombres que ponen a los presidentes, sino de aquellos a quienes estos encargan la tramoya, pero no como meros autómatas con mandíbula cuadrada y gafas RayBan, sino como personajes autónomos, inteligentes y ambiciosos, personajes que no envejecen, ya que no se puede envejecer si no se ha triunfado (se tenga la edad que se tenga), y difícilmente pueden triunfar. Actúan, entendemos por qué actúan, a veces incluso lo intuimos, pero no hace falta que nos lo expliquen (Thomas no trata a sus lectores como idiotas, otro motivo para su escaso éxito). A veces no solo es lo bueno que narra sino lo que deja al lector (brillante la escena del entierro del padre Draper Haere, viejo luchador comunista y los dos únicos presentes, dos viejos separados en lo personal y en lo ideológico, ¡que posible historia!). O la presencia del viejo abogado de Washington cuyo cliente es La Nación y califica a la Administración de aquel momento, de chiflados, truhanes y actores, presencia tangencial por demasiada cercana al poder de verdad para ser relevante en una novela de Thomas.

Para acabar y en palabras del propio Thomas, “Por qué los buenos mentirosos solían ser una compañía más grata que la gente veraz que, a su parecer, resultaba a menudo impasible, aburrida y gazmoña?”

Thomas es uno de los más grandes mentirosos de la novela policiaca. Siempre grato, nunca aburrido.

Léalo.

De nada.

Joan Torres, viejo aficionado a lo policiaco, de joven cayó en la marmita de Hammett y Chandler y desde entonces sufre un brutal síndrome de abstinencia. Único tratamiento: buenas novelas. Problema: medicina escasa. Gruñe y muerde, no contagia.

Ni siquiera hipotecando la sede de la revista hemos conseguido reunir la plata suficiente para pagar la mordida exigida y que nuestro chivato de confianza pudiera infiltrarse entre los miembros del jurado de ninguno de los tres premios policíacos convocados con motivo de la 22 Semana Negra de Gijón. Bien, no importa, haremos de la necesidad virtud y como quiera que no disponemos de información privilegiada acerca de los posibles ganadores, queremos desafiarte a que intentes adivinar los títulos que terminarán alzándose con cada uno de esos tres preciados galardones. Entre los acertantes de al menos dos de ellos, sortearemos un regalo que esté a la altura de las circunstancias. El plazo para participar en esta porra criminal finaliza el 12 de julio, y puedes mandar tu apuesta a matarratos@punto38.es con la frase “Ganadores 22SN” en el asunto del mensaje.

Los candidatos a cada uno de los premios son los siguientes:

Premio Hammett 2009 a la mejor novela policiaca

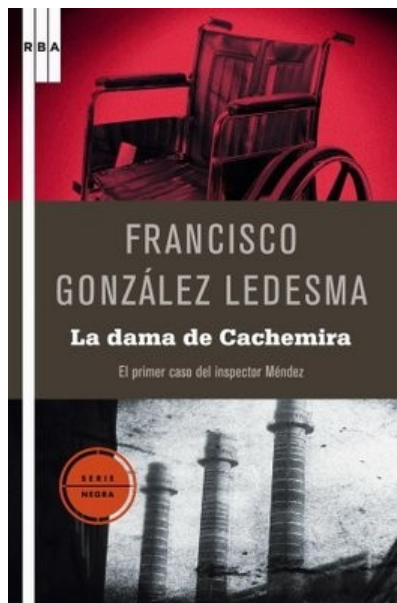
Adiós, princesa. Juan Madrid. Ediciones B
 ¿Dónde estás, alacrán? Jorge Moch. Planeta México
 El cielo llora por mí. Sergio Ramírez. Alfaguara
 77. Guillermo Saccomano. Planeta Argentina
 La última caravana. Raúl Argemí. Edebé
 Niños de tiza. David Torres. Algaida

Premio Memorial Silverio Cañada 2009 a la mejor primera novela

A buenas horas, cartas de amor. Victor Andresco. Norma España-La otra orilla
 Y punto. Mercedes Castro. Alfaguara
 Conducir un tráiler. Rogelio Guedea. Mondadori México
 Sé que mi padre decía. Willy Uribe. El Andén
 A timba abierta. Óscar Urrea. Salto de Página

Premio Rodolfo Walsh 2009 a la mejor obra de no ficción policíaca

La mala vida. Carles Quílez. Aguilar
 La reina del Pacífico. Julio Sherer. Grijalbo México



La dama de Cachemira

Francisco González Ledesma

RBA Serie Negra

El policía más célebre de los bajos fondos de la novela negra y criminal española persigue por las calles sucias de Barcelona una silla de ruedas desde la que se ha cometido un crimen, una silla de rueda sobre la que cree saber quién se sienta y tras la que vivirá una de sus aventuras más sorprendentes e inesperadas. Una aventura de mujeres que sueñan con viajar y que el único viaje que se pueden permitir es soñar.

Premio Mystère a la mejor novela negra publicada en 1986 en Francia, es la prueba irrefutable de que por Méndez, aunque pasen veinticinco años, el tiempo no deja de ser un accidente inoportuno. Porque él, como sus novelas, nunca envejecen.



Suicidio a crédito

Ricardo Bosque

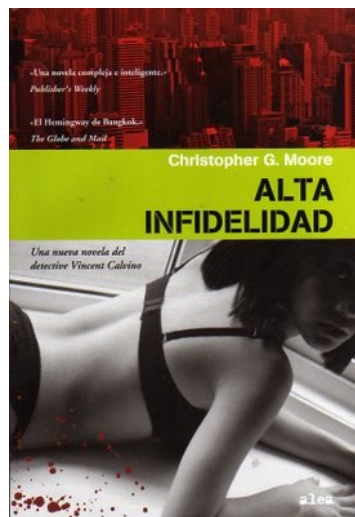
Mira Editores

Martín Santos, galán del cine español de los años sesenta venido a menos, está harto de vender sus miserias al mejor postor, de patearse los platós televisivos para hablar de sus problemas con las drogas, con el juego, con las mujeres que se acercan a él buscando una fama efímera que les permita llegar a fin de mes sin tener que trabajar demasiado. Quiere acabar con todo de raíz. Para ello, nada mejor que quitarse la vida, pero se sabe incapaz de suicidarse y decide recurrir a los servicios de Tana Marqués, quien además de dirigir una floristería en el centro de Zaragoza se dedica a ayudar a quienes la contratan mediante esa especie de eutanasia activa extrema en que está especializada desde hace años.

Pero la discreción que exige una actividad como la Tana no se lleva bien con la legión de fotógrafos y periodistas a la caza de la noticia que suelen acompañar a todas partes a personajes como su nuevo cliente, y lo que parecía un encargo más se convertirá en un auténtico atolladero del que solo podrá salir sumergiéndose de lleno en ese mundo del corazón que siempre ha detestado.

Paparazis, exclusivas, una mujer que dice ser quien decide en cada momento qué personajes serán actualidad y cuáles deben pasar a segundo plano... *Suicidio a crédito* utiliza los recursos del género negro para observar con acidez el mundo del corazón y los reality shows, un mundo

en el que todo vale a la hora de lograr más audiencia que el rival y en el que los protagonistas de las noticias -tanto los periodistas que ejercen de gladiadores en un circo romano como los “famosos” que aceptan el papel de león o cristiano de turno- no dudan en renunciar a su dignidad con tal de seguir manteniendo un cierto nivel de vida o una simple presencia en los medios de comunicación, esos quince minutos de fama a los que, según Warhol, todos tenemos derecho.



Alta infidelidad
Christopher G. Moore
Alea

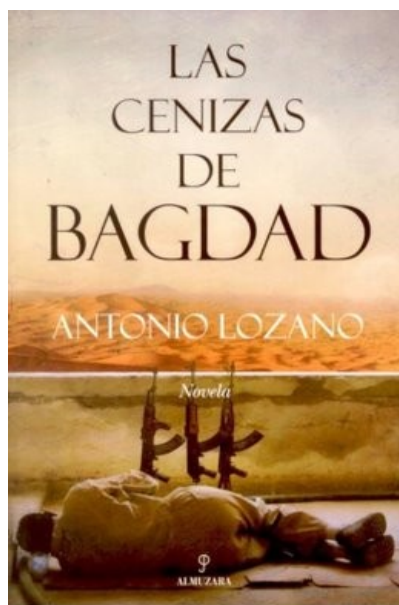
La ciudad de Bangkok es sacudida por grandes manifestaciones de carácter político. El caos y el miedo reinan entre los tailandeses y la comunidad de expatriados. El detective Vincent Calvino, mientras investiga una operación de piratería de medicamentos, se ve involucrado en el caso de asesinato de una joven tailandesa de diecinueve años y un abogado de mediana edad que han muerto la misma noche. Ambas muertes parecen estar conectadas con las investigaciones llevadas a cabo por Calvino. Sin embargo, el bufete de abogados niega tener conocimiento del caso y Calvino no tiene más opción que mantenerse al margen. Contratado por un grupo de amas de casas

expatriadas que desean investigar a sus maridos, Calvino descubre la coalición de fuerzas que le impide poner al descubierto la operación de piratería de medicamentos.



La reina en el palacio de las corrientes de aire
Stieg Larsson
Destino

Salander planea su venganza contra el hombre que trató de matarla y contra las instituciones gubernamentales que casi destruyeron su vida. Pero no va a ser una campaña directa. Tras recibir una bala en la cabeza, Salander está bajo una férrea supervisión en Cuidados Intensivos, y se enfrenta a un juicio por tres asesinatos en el momento que le den el alta. Con la ayuda del periodista Mikael Blomkvist y sus investigadores de la revista Millenium, Salander tendrá no sólo que probar su inocencia, también deberá identificar y denunciar a los políticos corruptos que permitieron a los vulnerables convertirse víctimas de abusos y violencia. Antes una víctima, Salander está lista para devolver los golpes.



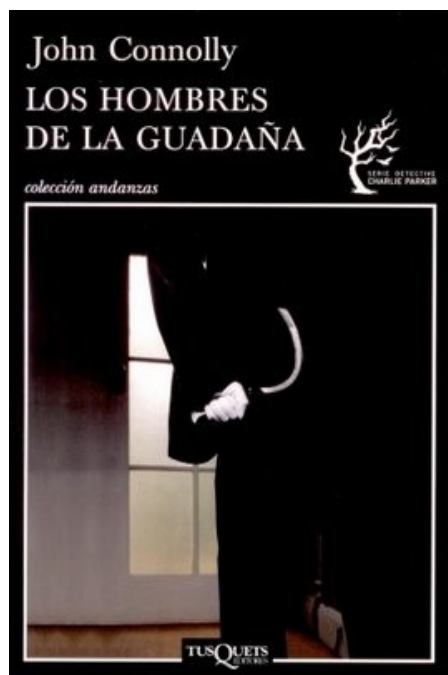
Las cenizas de Bagdad

Antonio Lozano

Almuzara

Basada en una historia real, *Las cenizas de Bagdad* nos habla de la lucha del ser humano frente a la adversidad, una lucha siempre alumbrada por un mismo faro: el de la dignidad y la libertad. Una historia con la invasión de Irak como telón de fondo, que Walid, el protagonista de la novela, explica al lector: "Las dudas ya se han esfumado. Los EEUU no han venido a salvarnos. Son simplemente el reverso del drama de mi país." *Las cenizas de Bagdad* obtuvo el premio Benito Pérez Armas en 2008, el principal galardón de las letras canarias. En el Irak de los años 80, Saddam Hussein campea a sus anchas. Merced a una represión sin cuartel, controla con mano de hierro a un país exhausto tras la guerra con Irán. Pero muchos jóvenes exponen sus vidas para luchar por la

libertad, la exponen y en muchos caso la pierden. Entre esos jóvenes se encuentra Walid, militante del Partido Comunista que cae en manos de Mujabarat, la temida policía política del dictador, y que se ve forzado a abandonar clandestinamente el país. Comienza ahí una odisea que lo llevará desde las mazmorras de Saddam hasta las trincheras perdidas en el desierto, junto a la frontera con Irán, también a Marruecos, donde la vida apacible se topa de nuevo con las arbitrariedades del poder, y a España, donde aguardan otros obstáculos.



Los hombres de la guadaña

John Connolly

Tusquets

Para Louis, ir al trullo con una condena por maricón era prácticamente una garantía de dolor y sufrimiento. Era mejor entrar con la fama de haberle quitado la vida a otro hombre. Al menos, eso aseguraba cierto respeto. A Wooster ni siquiera le interesaba ver al chico en la silla eléctrica. Para él, bastaba con demostrar a los otros su error: la policía del estado, su propia gente, que se había reído a sus espaldas por creer que un chico negro era capaz de un crimen tan sofisticado. En esta séptima entrega de la serie policiaca protagonizada por Charlie Parker, el ex policía –que vive atormentado desde el asesinato de su primera mujer y su hija– ha perdido su licencia de investigador privado y el permiso de armas, y se gana la vida trabajando de camarero en un bar.



Un mal día para morir

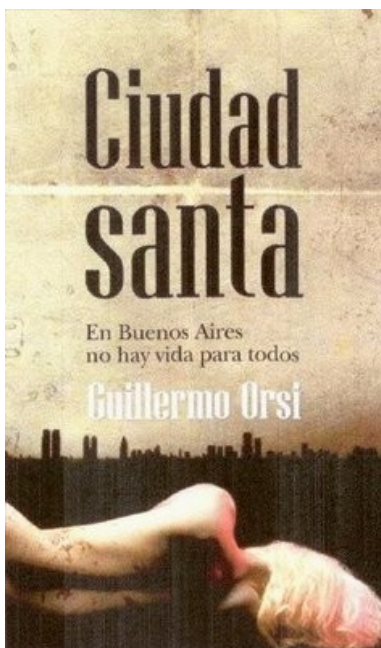
Empar Fernández y Pablo Bonell

Pàmies

A Santiago Escalona, subinspector recientemente asimilado al cuerpo de *mossos d'esquadra* en la comisaría del barcelonés barrio del Raval, su antiguo superior –ahora agonizante en el Hospital del Mar- le pide que investigue un posible asesinato hace muchos años olvidado; Alberto Boisgontier, estudiante y activista de izquierdas, murió la tarde del 19 de noviembre de 1975 al caer a las vías de la estación de Gràcia y ser arrollado por un tren, tres días después de salir de los calabozos de la Via Laietana, dónde había recibido una soberana paliza. En su momento a nadie le interesó investigar el posible crimen; por una parte por la trayectoria del fallecido, y por otra, porque horas más tarde moría Francisco Franco, concentrando todos los titulares de los medios de

comunicación. Lo que parecía el mero capricho de un moribundo se convierte en una investigación en la que empiezan a aparecer todos los trapos sucios enterrados más de treinta años atrás.

Nadie parece querer ayudar a Escalona a esclarecer lo ocurrido: ni la ex-novia (hija de un ministro de Franco), ni los policías que le detuvieron, ni los antiguos compañeros de partido del fallecido, ahora convertidos en personajes influyentes. Pero es cuando Escalona advierte que le siguen cuando toma conciencia de la verdadera dimensión del caso, y empieza a temer por su vida...



Ciudad Santa

Guillermo Orsi

Almuzara

Un político es ejecutado a la luz del día en un barrio marginal a las afueras de Buenos Aires. Una reina de la belleza busca la ayuda de una abogada que ha enviudado a balazos en dos ocasiones. Un crucero de turistas encalla en el fangoso Río de la Plata: el manjar está servido para una banda de secuestradores. Entre los turistas, un barón colombiano de la droga y su amante son el plato fuerte. Un coleccionista de cabezas humanas desvela entretanto a dos policías, enfrentados en un duelo que poco tendrá que ver con la ley y mucho con sus lealtades y decepciones. Buenos Aires, como un cayuco colmado de fugitivos de sucesivos desastres, navega sin rumbo por un mar sin playas ni horizontes. Esa deriva es la materia prima con la que Guillermo Orsi construye su *Ciudad Santa*; seductora, violenta...impactante



Pero sigo siendo el rey

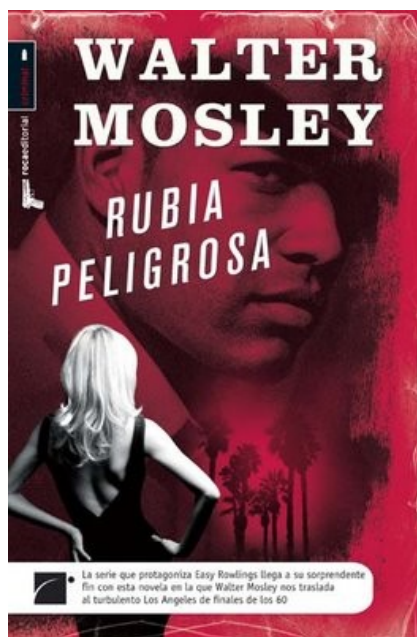
Carlos Salem

Salto de Página

Juan Carlos I de Borbón ha desaparecido dejando sólo una nota tras de sí: «Me voy a buscar al niño. Volveré cuando lo encuentre. O no. Feliz Navidad». Para encontrarlo el ministro de Interior juega su última carta: José María Arregui, detective melancólico y visceral, de rápido disfraz y puño fácil, deberá protegerlo de una poderosa intriga.

La extravagante pareja de detective gruñón y monarca en recreo, confundidos entre hippies, mariachis o pastores, huirá por una España alucinada e intemporal, poblada de personajes delirantes: un músico enamorado que persigue una melodía escurridiza; una familia atrapada en una guerra interminable; un adivino retrovisor que sólo ve el pasado y Rosita, una compañera inseparable.

Con *Pero sigo siendo el rey*, una *road movie* hilarante y enternecedora, Carlos Salem nos presenta su mejor y más original aventura policíaca.



Rubia peligrosa

Walter Mosley

Roca Editorial

La serie que protagoniza Easy Rawlins llega a su décima y tal vez última entrega con esta novela, en la que Walter Mosley nos traslada al turbulento Los Ángeles de finales de los 60.

Situada en 1967, en la décima entrega de la serie de novelas criminales protagonizada por Easy Rawlins nos encontramos a un Rawlins de mediana edad que empieza a acusar el paso del tiempo y los fantasmas que nunca lo abandonaron.

Easy está lidiando con el hecho de haber abandonado a Bonnie —a pesar de amarla como a ninguna otra mujer—, con que sus hijos ya se han hecho mayores y con que Los Ángeles está sufriendo cambios tan radicales después de los

enfrentamientos raciales, que hasta a un superviviente como él le cuesta adaptarse a la ciudad donde siempre ha vivido.

Sin embargo, Rawlins siempre parece encontrar nuevos problemas a los que hacer frente. Dos peligrosos amigos de Easy, Ratón Alexander y Navidad Black, han desaparecido.

Al primero lo buscan por el asesinato de Pericles Tarr; Navidad, por su parte, dejó a su hija

Pascua en casa de Easy y se esfumó. La aparición de la policía militar en busca de Black, hace que Easy se ponga a trabajar para descubrir qué ha pasado y la relación que existe entre las desapariciones de sus amigos, el asesinato de Tarr y la aparición de una mujer rubia que no es como parece ser.



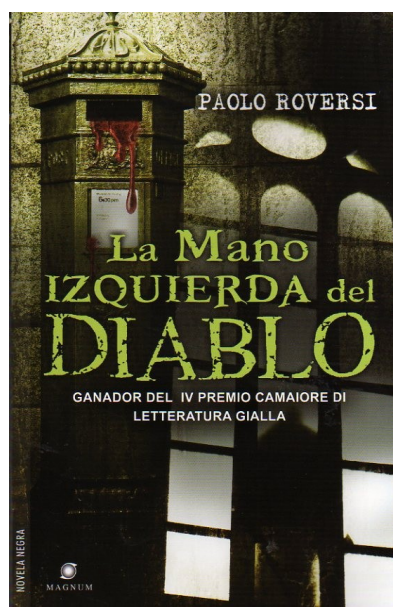
La playa de los ahogados

Domingo Villar

Siruela

Vuelve en esta segunda y esperada entrega, el detective gallego de *Ojos de agua* (Siruela, 2006) Leo Caldas. Una mañana, el cadáver de un marinero es arrastrado por la marea hasta la orilla. Si no tuviese las manos atadas a la espalda, Justo Castelo sería otro de los hijos del mar que encontró su tumba entre las aguas mientras faenaba. Pero el océano nunca ha necesitado amarras para matar. Sin testigos ni rastros de la embarcación del fallecido, el lacónico inspector Leo Caldas se sumergirá en el ambiente marinerio del pueblo, tratando de esclarecer el crimen entre hombres y mujeres que se resisten a desvelar sus sospechas y que, cuando se decidan a hablar, apuntarán en una dirección demasiado insólita. Un asunto inoportuno para Caldas, que atraviesa días difíciles: Alba ha vuelto a dar señales de vida,

el único hermano de su padre está gravemente enfermo y su colaboración en el programa de radio se está volviendo insoportable.



La mano izquierda del diablo

Paolo Roversi

Vía Magna

En Capo de Ponte Emilia nunca pasa nada. Hasta el día en que el pueblecillo de la Baja Padana se desconcierta ante el descubrimiento de una mano amputada en el buzón de un anciano jubilado.

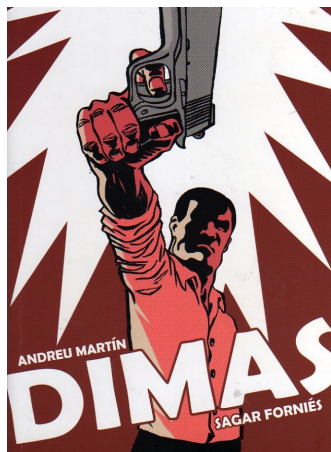
En Milán pasan muchas cosas, pero ni la desaparición del dueño de un restaurante japonés, ni el descubrimiento en un parque del cadáver de una joven, consiguen turbar el ritmo de la ciudad.

Muerte y misterio se desploman sobre la vida de Enrico Radeschi, un periodista de la sección de crónicas que termina implicado, en parte por azar y en parte por su profesión, en una doble investigación, entre las noches de la metrópolis

lombarda y las soñolientas jornadas de la provincia persigue las historias que esconden secretos del pasado y la violencia del presente. Porque detrás de cada noticia se esconden un misterio que habrá que desvelar y una mano que teje todos los hilos.

«La mano izquierda del Diablo» es una historia que te apasionará desde la primera hasta la última línea; una de esas historias escritas de tal modo que se te olvidará que, de vez en cuando, llega la hora de comer, de dormir o de ir al baño; una de esas historias que, al final, te dejan con los ojos ardiendo y el fuego dentro. «Thrillermagazine.it»

Para Roversi, el adentrarse en la narrativa de novela negra parece ser un paso indispensable para comprender la época en que vivimos. «Liberazione»

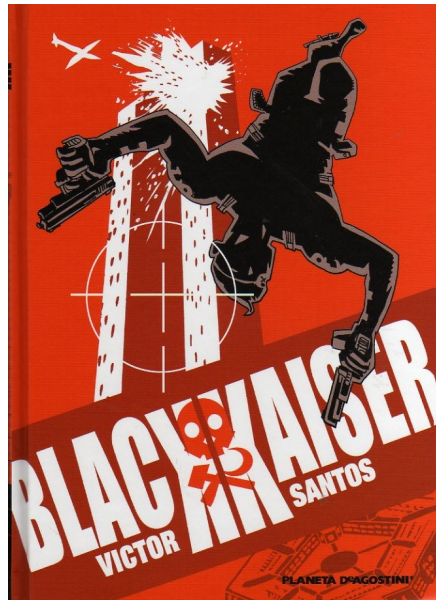


Dimas (Cómic)

**Andreu Martín y Sagar Forniés
Astiberri**

Dimas es un representante de postales, souvenirs y expositores regresa a casa tras un frustrante día de trabajo, pare encontrarse con su mujer y su hijo de corta edad. Pero en una carretera comarcal se encuentra con una hermosa mujer rubia haciendo autostop, con un bebé en brazos. Dimas la recoge, y se introduce así en una peligrosa espiral de sucesos con persecuciones, policías corruptos, tráfico de mujeres, prostitución y venganza. Porque alguien persigue a la chica y al bebé, y Dimas tendrá que averiguar quién y porque. Porque a pesar de su anodino trabajo actual, nuestro

protagonista es un antiguo ladrón ex-convicto que aunque está rehaciendo su vida, todavía conserva sus recursos.

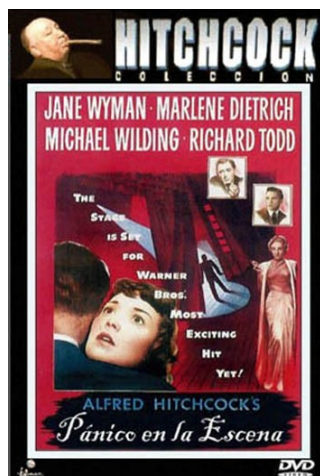


Black Kaiser

**Victor Santos
Planeta DeAgostini**

Le pagan por matar. Su misión es memorizar un rostro y convertirlo en solo un recuerdo. Es el mejor en su trabajo, pero su trabajo no es agradable. Su nombre en clave es: BLACK KAISER. Es uno de los espías más temidos del mundo; pero el 11 de Septiembre de 2001 su mundo cambiará para siempre.

Victor Santos, el autor de obras como *Young Ronins*, *Los Reyes Elfos* o *Filthy Rich*, con guiones de Brian Azzarello, nos ofrece una historia de espías que bebe de los grandes clásicos del cómic de género negro, una obra llena de acción y giros argumentales con un ritmo cinematográfico incomparable.

**Título: Pánico en la escena (*Stage Fright*)**

País: Gran Bretaña

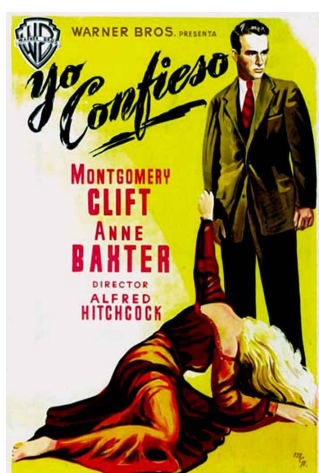
Productora: Warner Bros

Director: Alfred Hitchcock

Guión: Whitfield Cook (Historia: Selwyn Jepson)

Reparto: Marlene Dietrich, Jane Wyman, Michael Wilding, Richard Todd, Alastair Sim, Dame Sybil Thorndike, Kay Walsh, Miles Malleon, André Morell, Patricia Hitchcock, Hector Mac Gregor, Joyce Grenfell

Sinopsis: Un hombre buscado por la policía acusado de matar al marido de su amante se refugia en casa de una amiga, Eve, a la que confiesa que la verdadera asesina es su amante, la actriz Charlotte Inwood. Eve decide investigar por su cuenta, pero cuando conoce al detective encargado del caso comienza a enamorarse...

**Título: Yo confieso (*I Confess*)**

País: USA

Productora: Warner Bros

Director: Alfred Hitchcock

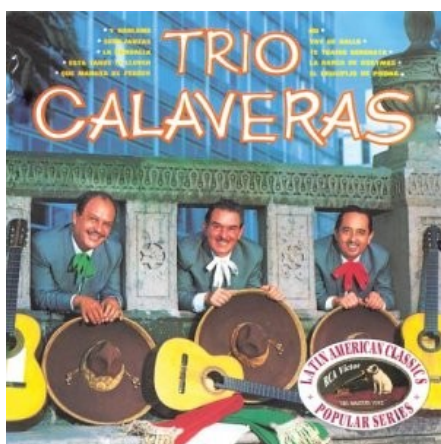
Guión: George Tabori & William Archibald (Novela: Paul Anthelme)

Reparto: Montgomery Clift, Anne Baxter, Karl Malden, Brian Aherne, O.E. Hasse, Dolly Haas, Roger Dann, Charles André, Judson Pratt

Sinopsis: Un sacerdote escucha a un criminal confesar sus crímenes. Cuando las circunstancias implican al cura como sospechoso ante la policía, se verá en un aprieto, sin poder contar lo que sabe, al estar bajo el secreto de confesión.

Abrimos la segunda emisión de nuestro radiofónico programa de canciones dedicadas con un tema que nos llega desde Bilbao. Nos lo manda Bakarne, y se trata de *El preso número 9*, en concreto en la versión del mexicano Trío Calaveras. Y para no salirnos del tema, continuamos con los celos y las letras políticamente incorrectas en el *Tango* de Gabinete Caligari, incluido en su disco de 1984, *Cuatro rosas*.

¿Tienes alguna canción criminal que quieras dedicar? Envíanos la letra a contacto@punto38.es y la pondremos en horario de máxima audiencia.



Trío Calaveras

Fundado por Guillermo Bermejo, Miguel Bermejo y Raúl Prado a comienzos de los años treinta, adoptaron el nombre de Calaveras por ser estudiantes de medicina. Guillermo Bermejo dejó el trío en 1942 siendo sustituido por el yucateco Pepe Zaldívar. En esta nueva etapa alcanzaron gran popularidad a partir de su aparición en la película *El peñón de las ánimas*, acompañando al actor y cantante Jorge Negrete. Durante los años de las décadas de 1940 y 1950 siguieron participando en múltiples películas de la época de oro del cine mexicano. A partir de la década de los años 60 se dedicaron a presentarse en un centro nocturno de la ciudad de México llamado El Jorongo del Hotel María Isabel Sheraton, con gran éxito durante 25 años ininterrumpidos.

Zaldívar muere en 1975. Prado, quien tuvo un fugaz matrimonio con la actriz mexicana María Félix, muere en 1989. Miguel Bermejo fallece el 3 de Enero de 1996.

El preso número 9

Al preso numero nueve, ya lo van a confesar
está rezando en la celda con el cura del penal
porque ante este amanecer, la vida le han de quitar
porque mató a su mujer y un amigo desleal
Dice, así, al confesar "los maté, si señor
y si yo vuelvo a nacer, yo los vuelvo a matar

Padre no me arrepiento, ni me da miedo la eternidad
yo sé que allá en el cielo el ser supremo nos juzgará
voy a seguir sus pasos, voy a buscarlos al mas allá."
ay. yayayayyyyyy

El preso numero nueve era un hombre muy cabal
iba el noche del duelo, muy contento a su jacal
pero al mirar a su amor, en brazos de su rival,
ardió en su pecho el rencor y no se pudo aguantar.
al sonar el clarín, se formó el pelotón
y rumbo al paredón, se oye al preso decir:

Padre no me arrepiento, ni me da miedo la eternidad
yo sé que allá en el cielo el ser supremo nos juzgará
voy a seguir sus pasos, voy a buscarlos al mas allá.
ay. yayayayyyyyy yaay

Trío Calaveras



Gabinete Caligari

Grupo español formado en 1981 por Jaime Urrutia (voz y guitarra), Ferni Presas (bajo) y Edi Clavo (batería).

En su época afterpunk su imagen y actitud tenía un marcado carácter provocativo y sus canciones tenían un contenido que evocaba desde la época de entreguerras, hasta relaciones sadomasoquistas. Temas representativos de esa etapa fueron *Olor a carne quemada*, *¿Cómo perdimos Berlín?* o la emblemática *Golpes*.

Sus primeros discos se caracterizaron por una reinvención constante. De esa forma, hacia 1983 inauguran una nueva corriente que fue bautizada como 'Rock Torero', un pop influenciado por sonidos cañís, tales como el pasodoble, algo que se deja notar en canciones como *Sangre Española* o *Que Dios reparta suerte*. Esta mezcla de rock con ritmos populares será una máxima en la carrera del grupo, logrando con ella temas tan populares como *El calor del amor en un bar*, *La culpa fue del Cha-cha-cha*, *Camino Soria* o *Cuatro Rosas*.

En 1999 se disuelve oficialmente el grupo. En 2002 Jaime Urrutia comenzó una carrera en solitario, publicando varios discos. Clavo y Presas fundaron el grupo Paraphernalia, que se disolvió al poco tiempo.

Tango

Déjeme hablar Señor Juez, en serio lo digo
Se los juro Señor Juez, no soy un bandido
Voy a contarle, Señor, cuitas de un marido

Les sorprendí amarraditos, tantiándose ambos dos
con un farol de testigo, se estaban diciendo adiós

Se los juro Señor Juez, que al verlos tan juntos
se me fue el alma a los pies, sentíme difunto
me la cobré de un revés y puse fin al asunto

Les sorprendí amarraditos, tantiándose ambos dos
con un farol de testigo, se estaban diciendo adiós

Fue su última despedida, el engaño postrer
si soy o no homicida, dígalos Usted Señor Juez

Gabinete Caligari



"Las chicas se enamoran de Cortés porque es inseguro, infantil, espontáneo y tierno y, meses después, lo abandonan precisamente por que es inseguro, infantil, espontáneo y tierno."

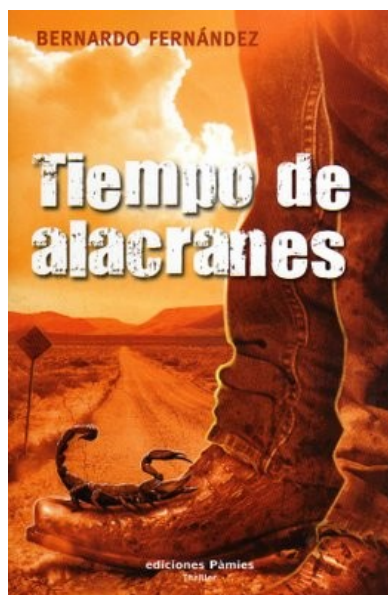
Kenneth Cross, *Guerra ciega*

"Ha huido saliendo de ninguna parte hacia otra ninguna parte que seguro que era mejor por que no podía ser peor."

Kenneth Cross, *Guerra ciega*

"Shakespeare sabía de lo que hablaba cuando hizo aparecer el cuerpo de Ofelia poco después de que se ahogara en un arroyo; unos días más en remojo y Hamlet hubiese tenido que mostrar su pena con un pañuelo sobre la nariz para no vomitar, una escena realista pero poco emotiva. Ferrer pensó en la desdichada novia del príncipe de Dinamarca cuando vio, torrente abajo, el cabello de la niña enredado entre unas ramas."

José Luis Ibáñez, *También mueren ángeles en primavera*



“Mi rito terminaba cuando, después de llenar otros dos cargadores de balas, apuntaba por la ventana, buscando algún peatón para calar la mira. Lo seguía durante algunos segundos antes de decir “¡Pum!” e imaginar cómo caería si le hubiera disparado, mientras el tipo continuaba caminando, sin saber lo cerca que le había pasado la Parca, rozándole las patas con su guadaña, acariciándole las mejillas con los dedos descarnados mientras prometía volver otro día por él.”

Bernardo Fernández, *Tiempo de alacranes*

“Su cuerpo infantil, coronado con esa cara de ángel malvado, olía tanto a sexo que uno sentía los veinte años de prisión. Pero sólo era pura imagen. Esa pollita estaba más cocinada que el pavo de la Navidad pasada.”

F. G. Haghenbeck, *Trago amargo*

Matarratos Convencional (MC Number One)

En este número no vamos a hablar de un único escritor. Nos vamos a dedicar a la crónica rosa y criminal del sector.

Tranquilos. No vamos a desvelar ocultas infidelidades ni embarazosas relaciones. Vamos a poner a prueba otro tipo de conocimientos. Os vamos a preguntar los nombres de las grandes mujeres que acompañaban a nuestros escritores favoritos (en este caso a alguno de mis favoritos). Así que aquí están las preguntas:

1. ¿Quién era la famosa escritora que alimentaba y cuidaba a Dashiell Hammett?
2. ¿Cómo se llamaba la dama por la que Raymond Chandler perdió el sentido?
3. Dinos el nombre de la compañera de Ross Macdonald.

Además, como son preguntas fáciles, debéis encontrar en la siguiente sopa de letras los apellidos de siete clásicos estadounidenses de nuestro género favorito.

A	C	R	T	H	A	M	M	E	O	P	G
B	A	W	U	Y	B	V	M	S	S	D	R
E	F	A	D	B	N	I	A	C	K	I	A
D	S	C	E	N	A	T	C	T	I	L	B
T	E	S	C	R	E	L	D	N	A	H	C
Y	M	N	O	S	P	M	O	H	T	A	L
J	H	A	R	M	F	G	N	G	K	M	J
E	H	R	U	A	N	I	A	B	C	M	R
D	I	A	C	R	Q	U	L	K	L	E	W
V	J	M	A	C	E	V	D	Ñ	K	T	W
M	I	E	R	R	R	C	B	N	L	T	Ñ
Y	U	E	K	A	L	T	S	E	W	U	L

Como siempre, el lector que acierte todas las preguntas y resuelva la sopa de letras (ya sabéis que si hay varios, se sortea) recibirá, por correo electrónico o postal, un espléndido regalo dedicado por .38.

Atención, tus respuestas (y/o datos extraordinarios), a la dirección electrónica:

matarratos@punto38.es

Solución al Sue Grafton Trivial (Trivial Number Five)

Este quinto Trivial nos indica claramente que nos hemos cansado de este tipo de concursos. Hemos vuelto a tener una única acertante. Una concursante fija en nuestro programa.

¡Eso es!

La ganadora del Sue Grafton Trivial es:

MARÍA ISABEL LOINAZ

¡Enhorabuena de nuevo!

Las respuestas correctas del Trivial Number Five son las siguientes:

1. Al crear a nuestra detective favorita, Grafton se ha basado en el personaje creado por otro escritor famoso, nacido en la corriente hard boiled, pero que fue evolucionando a lo largo de los años hacia un análisis psicológico de los personajes. Tanto le debe Sue Grafton a este escritor que escribió el prólogo a uno de los libros que se le dedicaron. Dinos el nombre del autor y del personaje en cuestión.

R. El escritor en cuestión era Ross Macdonald y su personaje, Lew Archer.

2. Kinsey tiene un casero ya entrado en años, con una familia un poco longeva. ¿Puedes decirnos cómo se llaman el casero y sus hermanos?

R. El casero se llama Henry Pitts y sus hermanos son William, Charlie y Lewis (que son los chicos de la casa) y la única hermana, Nell.

3. Además de las novelas de la serie del abecedario, hay más historias de Kinsey Millhone. Son historias cortas y alguna ha sido traducida al castellano en alguna colección de relatos de verano. ¿Puedes decirnos el título de un par de ellas?

R. Sólo conozco una traducida: La escopeta Parker (The Parker Shotgun). Los otros relatos son: She Didn't Come Home, Full Circle, Murder Between The Sheets, Falling Off the Roof y A Poison That Leaves No Trace.

Jokin Ibáñez es un aficionado a la novela negra desde que fue detenido, durante el pasado siglo, en Sopelana (Bizkaia) por el Agente de la Continental, al que no quiso decir su nombre. Por ello, desde entonces se encuentra arrestado en el género negro y no puede salir.



Parafraseando una de las canciones del maestro Sabina diríamos “Buenos Aires es como contabas”. Efectivamente la capital de la República Argentina tiene un aire muy familiar para los españoles. Nada más bajar del avión ya lo palpas en el ambiente, el lenguaje, algunos barrios, las comidas.

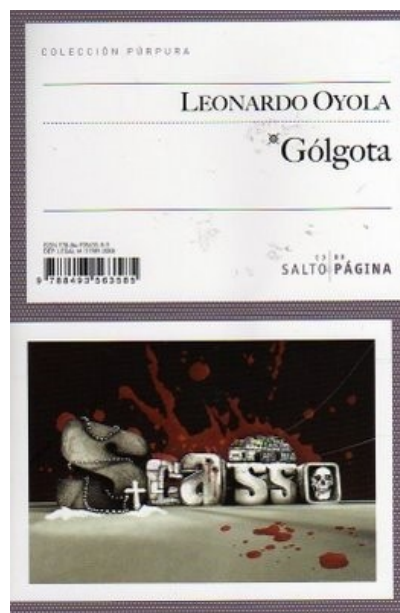
Sin duda ese aire de relajación también impregna nuestra conversación con uno de los autores argentinos más sorprendentes y prometedores de los últimos años, descubierto para el público español por la joven editorial

madrileña Salto de página, se trata de Leonardo Oyola, autor entre otras de *Siete & el Tigre Harapiento*, *Hacé que la noche venga*, *Santería*, *Gólgota* y *Chamamé*, galardonada con el premio Hammet de la Semana Negra de Gijón.

Quedamos, como no, en la Avenida Corrientes, Las Vegas de cualquier adicto a la lectura, y nos habla de algunas librerías de la capital, “Por acá pueden encontrar libros a muy buenos precios, además abren hasta medianoche. El Ateneo es espectacular pero si quieren visitar algunas librerías auténticas tomen nota: si van por Palermo, la Boutique del libro en Thames 1762 y otra es Eterna Cadencia en Honduras 5574, pueden comer allá o tomar un café con los libros al lado”.

Caminamos hacia un restaurante español donde entre cerveza y cerveza seguimos hablando de libros y autores, “Pedro Mairal y su *El año del desierto*, el *Forastero* de Jorge Accame” son algunos de los autores que nos recomienda con ahínco y que buscaremos desesperadamente al día siguiente en las librerías recomendadas, también, como no, hablamos de una refinada autora poco conocida en España, Claudia Piñero.

La parrillada de carne que pedimos está exquisita, pero eso no nos distrae, más bien al contrario, nos hermana, la bebida también va aportando su calidez al encuentro y tras un intercambio de pequeños detalles nos muestra su lado más humano cuando se emociona al hablarnos de su hijo Ramón: “Estoy preparándole una biblioteca de libros firmados para cuando él pueda leerlos”. Le acompaña Alejandra Zina, también escritora y cuyo relato “Vieja Puta”, incluido en su libro *Lo que se pierde*, resulta de lo mejorcito que hemos leído últimamente, ambos nos recomiendan *La descomposición* de Hernán Ronsino, un libro de un género paralelo al negro, la ficción del terror.

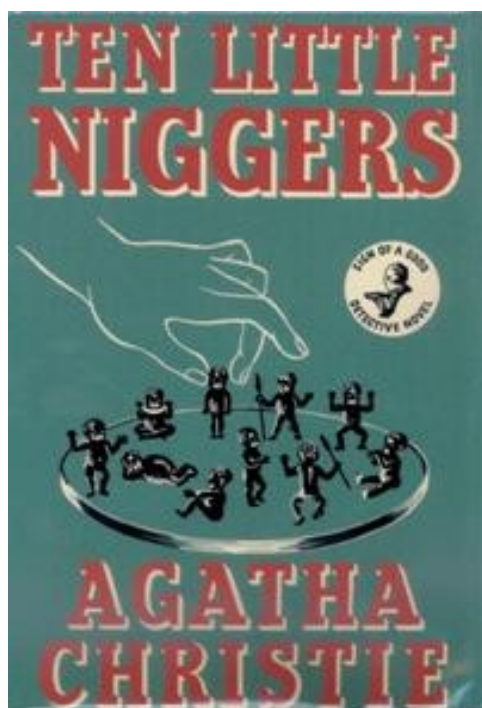


Seguimos hablando durante horas, aunque parecen minutos, del cine argentino promocionado en España sobre todo por Campanella, pero también hablamos de películas auténticas como “*El bonaerense* de Pablo Trapero”, comentamos entre risas algunas anécdotas de Gijón y de las dos visitas inolvidables de Leo a España y casi al final nos confiesa un pequeño secreto hablando, como no, del deporte universal: “Ni River ni Boca, yo llevo dentro un pequeño equipo que lucha por estar entre los grandes, se llama Almirante Brown. Eso sí, te confieso que de los que juegan allá me gusta mucho el Kun Agüero, su nombre me abrió muchas puertas en Madrid, bueno, más bien bares”.

Leonardo Oyola es un hombre cercano, humilde y para nada vanidoso, lo que le hace admirable. En nuestra conversación, ya cerca de la despedida, nos habla de sus amigos y maestros en Argentina, Alberto Laiseca, Juan Sasturain, Ernesto Mallo, y en España Carlos Salem, para el cual comparte un hermanamiento muy especial, como muchos de los personajes de sus novelas donde la amistad lo es todo; sin ese frágil hilo no existe nada, se lo hacemos notar y después de unos instantes asiente “Es interesante esa forma de verlo”.

Nuestro tiempo se acaba y debemos volver, con o sin la frente marchita, nos despedimos con un hasta pronto y algunos ecos de la conversación aún resuenan en nuestra cabeza cuando el avión de Iberia despegue desde Ezeiza y podemos contemplar desde el aire las verdaderas dimensiones de esta impresionante, en todo los sentidos, capital.

José Ramón Gómez Cabezas, psicólogo y autor inédito hasta la fecha, miembro de Novelpol y colaborador de distintos blogs.



1) El tema objeto del presente concurso es ESCRIBE TU PROPIO FINAL DE la obra “DIEZ NEGRITOS”.

2) El libro se resuelve en un capítulo final con una carta de confesión de los crímenes. Este capítulo es el desenlace que proponemos que sustituyas por tu propio final.

3) A este concurso podrán presentarse todas las personas mayores de catorce años con domicilio en territorio nacional.

4) Los trabajos se presentarán VÍA INTERNET, en documento de texto word en arial 12 puntos a doble espacio, y un máximo de 8 páginas.

5) Se abre el concurso a la participación de trabajos en lengua castellana.

6) El trabajo que deberá ser original, y por lo tanto no presentado anteriormente a ningún otro concurso, se presentará individualmente por cada participante.

7) Al trabajo se acompañarán todos los datos personales del participante, nombre y apellidos, número de teléfono, dirección, e-mail y DNI .

8) La participación en el concurso implica que el participante declara que es el autor del texto y exime a RBA de cualquier reclamación de terceros.

9) El envío del texto se efectuará a través del formulario habilitado en la web www.dieznegritos.rbalibros.com. Siendo el plazo final de presentación de trabajos el 30 de septiembre de 2009.

10) El jurado calificador, cuyo fallo será inapelable, estará formado por

- Jordi Canal, Director de La Bobila
- Marilena Solanas, miembro de la Junta Directiva de la Asociacion Brigada 21
- Ricardo Bosque, director de Punto 38, revista digital del género negrocriminal
- Paco Camarasa, librero de la librería Negra y Criminal
- Jerusalén Llácer, Editora de RBA bolsillo.

que decidirá los premiados en función de la calidad literaria, la creatividad y la originalidad.

11) El fallo del jurado y la fecha de entrega de premios se publicará en www.dieznegritos.rbalibros.com, quedando el jurado facultado para resolver cualquier aspecto no reflejado en las presentes bases.

12) El fallo del Premio se realizará dentro del mes de noviembre del 2009. Los originales no premiados serán destruidos inmediatamente después de dicho fallo.

13) Premio: un viaje para 2 personas a Londres que incluye: avión en clase turista, ida y vuelta Barcelona o Madrid /Londres/Barcelona o Madrid, traslado aeropuerto/hotel/aeropuerto, dos noches para 2 personas en habitación doble en régimen de mediapensión en un hotel de 4 estrellas. No se incluyen extras. Este regalo no será transferible ni canjeable por dinero en efectivo. Quedan excluidos como participantes los empleados de las empresas GRUPO RBA (consultar www.rba.es) y familiares. El viaje deberá realizarse antes del 31 de diciembre de 2010 según disponibilidades de la organización. En temporada media o baja. Itinerario del viaje, sujeto a variación. No se incluye el desplazamiento de la ciudad de origen a Barcelona o Madrid, ni bebidas, llamadas telefónicas, servicio de minibar y otros gastos adicionales. Si tras sucesivos intentos, a contar desde el día siguiente de la finalización de la emisión del fallo del jurado, hubiera sido imposible localizar al ganador del mismo, éste perderá el derecho a disfrutar del premio, procediéndose a su adjudicación al siguiente suplente y así sucesivamente. Si el ganador o, en su caso, los suplentes no pudieran ser localizados se tendrá el concurso por desierto. La aceptación del premio por el ganador implica la autorización a RBA para usar su nombre e imagen con fines publicitarios. En todo caso, el ganador podrá revocar en cualquier momento dicha autorización enviando un documento por escrito, acompañado de una fotocopia de su DNI a RBA. El período de reclamación del premio finalizará transcurridos 10 días a contar desde el día siguiente a la fecha de la emisión del fallo del jurado.

14) La Organización se reserva el derecho de modificar las presentes bases, o de cancelar o ampliar el presente concurso en forma total o parcial, o de extenderlo en el tiempo, incluso una vez comenzado el mismo, avisándolo con tiempo suficiente en la web donde las Bases están publicadas. Asimismo se reserva el derecho de interpretar las bases y condiciones ante cualquier situación que presente dudas siendo sus decisiones en tal sentido definitivas e inapelables.

15) Las bases de la presente promoción están depositadas en la Notaría de Barcelona de Don Mariano Gimeno V.-Gamazo y en <https://www.notariado.org/abaco/>

